

LA PUERTA DE LAS ESTRELLAS

JOHNNY GARLAND

Se abotonó lentamente su camisa color gris plomo. Miró al hombre que, sentado ante él, anotaba algo en una ficha de cartulina azul.

—¿Y bien, doctor?…

El doctor Cavanaugh le estudió a través de sus gafas, serenamente. Siguió escribiendo, sin responder. Él insistió:

—Doctor, quiero la verdad. Sea cual sea.

La pluma se detuvo, con un rasgo duro, cortante, al final de la palabra. Lentamente, el médico volvió a levantar la cabeza. Cerró, con un gesto mecánico de su mano zurda, el botón de iluminación del proyector de radiografías. Luego meneó la cabeza de un lado a otro.



Johnny Garland

La puerta de las estrellas

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 291

ePub r1.0
LDS 02.07.18

Título original: *La puerta de las estrellas*
Johnny Garland, 1962
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Los hombres, desde el principio del tiempo, ponen sus ojos en las estrellas, cuando pretenden algo que se considera inaccesible.

Sí. Quizá sean aún inaccesibles. Quizá sigan siéndolo en el futuro. Las ilusiones del hombre acostumbran a serlo.

Pero, quizá un día…

Quizá un día los hombres no sólo llegarán hasta las estrellas, sino que serán capaces de hallar el camino hacia un más allá, detrás de los astros que hoy son el anhelo inalcanzado, remoto, de toda una humanidad con afán de conquista.

Así, un día, quizá mañana, los hombres llegarán a una puerta mágica, a partir de la cual el universo será un campo de prodigios, un cosmos de maravillas insospechadas, donde lo posible se funda con lo asombroso. Donde todo resulte nuevo, fascinante, inaudito…

Pero… ¿dónde estará LA PUERTA DE LAS ESTRELLAS?

¿Dónde?…


LA PUERTA
de las ESTRELLAS

CAPÍTULO PRIMERO

AMARGA VERDAD



e abotonó lentamente su camisa color gris plomo. Miró al hombre que, sentado ante él, anotaba algo en una ficha de cartulina azul.

—¿Y bien, doctor?…

El doctor Cavanaugh le estudió a través de sus gafas, serenamente. Siguió escribiendo, sin responder. Él insistió:

—Doctor, quiero la verdad. Sea cual sea.

La pluma se detuvo, con un rasgo duro, cortante, al final de la palabra. Lentamente, el médico volvió a levantar la cabeza. Cerró, con un gesto mecánico de su mano zurda, el botón de iluminación del proyector de radiografías. Luego meneó la cabeza de un lado a otro.

—Existen diagnósticos difíciles, mi querido señor Keller. El suyo es uno de ellos…

—No quiero rodeos ni salidas simplistas, doctor —cortó glacialmente Keller—. Podrá ser difícil diagnosticar. Pero no concretar algo: ¿cuánto voy a vivir?

El médico enarcó las cejas.

—Escuche, Keller, yo no puedo ni debo…

—En concreto —una mano de Keller lo detuvo, rápida—. La verdad, recuerde. No me gustan disfraces ni componendas. La pura y simple verdad. Por dura que sea, sabré soportarla. ¿Qué voy a vivir? ¿Un año?

El doctor estaba pálido. Se humedeció los labios, tragó saliva. Negó con la cabeza, muy despacio.

—No —dijo roncamente—. Menos…

—¿Tres meses?

—Menos, Keller… —Había angustia, súplica en sus ojos—. Por Dios, ¿a qué viene ese afán en saberlo? Hay… hay que tener resignación, Keller. Vivir aceptando el destino. Su… su dolencia… es mortal. En el grado en que se halla… pongamos que no tiene más de un mes de vida. Si llegara a dos, sería un milagro. Lo probable es que no pase de dos semanas. Puedo extenderle un volante para hospitalizarle hasta…

Había bajado la cabeza para tomar un impreso de ingreso en la clínica. Pero cuando alzó la cabeza se quedó rígido. No había nadie. Estaba hablando solo. La puerta de materia plástica oscilaba aun levemente.

—¡Keller! —llamó—. ¡Keller, vuelva!

Salió apresuradamente al corredor. No vio ni rastro de su paciente. Regresó apresurado al despacho. Pulsó un botón del interfono y llamó:

—¿Conserjería? Por favor, aquí el doctor Cavanaugh. Detengan a mi paciente, Raúl Keller. Saldrá ahora. Es alto, joven, de aspecto nervioso, cabello muy negro, ojos oscuros y…

—Lo siento, doctor —respondió el conserje—. Cuando he recibido su llamada ese señor había salido ya a la calle…

—¡Pronto, salga a ver si lo ve! ¡Haga que lo retengan entretanto! ¡No debe irse así! ¡Está desesperado, y podría cometer cualquier locura!

El conserje se ausentó. Volvió cosa de un minuto después, mientras el doctor se mordía nerviosamente el labio inferior.

—No pude hacer nada, doctor —informó—. Se había ido. Sin duda tomó un coche… pero no pude ver cuál era, ni hacerle seguir. ¿Ocurre algo grave?

—Sí, muy grave. Keller no tiene casa en la ciudad, es un forastero. Tiene una enfermedad mortal, que le matará en breves días. Lo sabe. Y no aceptó hospitalizarse, en espera de la muerte. Dios sabe lo que puede hacer ahora, en su desesperación. Y no sabemos siquiera dónde localizarle… Será cuestión de avisar a la policía…

* * *

Raúl Keller contemplóse a sí mismo en un escaparate cuyo cristal actuó como espejo. Se vio tal como era. Joven, vigoroso, aparentemente lleno de salud, de vida…

Endurecióse su gesto, inclinó la cabeza y apretó los puños hasta que sus nudillos se tornaron totalmente blancos. Lleno de vida…

No dejaba de resultar irónica y sarcástica aquella imagen saludable de su persona. Como una mueca maligna de la fatalidad, ensañándose con él cruelmente.

Siguió su paseo por las amplias avenidas urbanas. La ciudad le era casi desconocida. Él siempre vivió en un lugar pequeño, lleno de paz y de aire limpio. Su familia dijo siempre que era lo más conveniente para un hombre. La ciudad estaba llena de miasmas, de microbios, de suciedad, de atmósfera insalubre. Hicieron de él un esclavo de la granja. La más amplia e importante granja de su región. También la más rica.

A Raúl Keller jamás le gustó el trabajo de la granja. Ni el campo; ni los animales, ni nada de aquella vida que iba contra sus gustos personales. Pero la familia le dominó en todo momento. Fue débil de carácter. Le forzaron a seguir allí las presiones de todos sus familiares, incapaces de comprender que alguien quisiera emanciparse, buscar otros ambientes. Hicieron de él un inepto como granjero. Y un infortunado como hombre.

Luego habían ido desapareciendo sus padres, sus tíos… Pero quedó, como patriarca de la familia, y según fórmulas ancestrales, su hermano mayor, Ethan. Y Ethan Keller dispuso lo que le convenía a él, a Raúl: una esposa.

Se concretaron detalles para la boda. Y la boda iba a celebrarse. La futura esposa era Marion. Y Marion no era precisamente una fea chica; pero a Raúl no le gustaba. No la quería en absoluto, no estaba enamorado de ella. Quiso rebelarse, protestar débilmente contra la decisión fraterna.

—No quiero casarme, Ethan —declaró rotundamente—. Me niego a unir mi vida a la de una muchacha a la que no amo.

La respuesta del «patriarca». Ethan había sido rotunda, inflexible, como todas las decisiones de los Keller cuando llevaban el mando familiar:

—Raúl, ignoraré que has protestado de nuevo. Eres un Keller. No tienes derecho a protestar. Has de aceptar tu destino o el consejo familiar juzgará tu rebeldía. Y ya sabes lo que los Keller hacen con los rebeldes.

Estaba vencido. Y lo sabía. No volvió a protestar. Un rebelde, en la familia Keller, quedaba automáticamente expulsado del seno familiar. Y había que buscarse un trabajo, un medio de vida, lejos de los suyos. Raúl no sabía hacer nada, no le habían enseñado oficio o profesión alguna. Sólo el trabajo de granja. Y el aviso de los Keller a los demás granjeros del país sería vital: nadie aceptaría a Raúl Keller, «el expulsado».

Una vez más ganaba la tiranía familiar. Raúl aceptó la boda. Y llegaron las vísperas.

Entonces tuvo aquel primer dolor. Agudo, sutil, hiriente. Su corazón le falló, sufrió un breve colapso. El médico local aseguró que él no podía ocuparse del asunto. Debía verle un especialista de la ciudad.

Y Raúl Keller fue a la ciudad. Con el dinero justo, con los días contados, por supuesto. Al final regresaría con el billete de retorno que ya Ethan le diera el día de su partida. Nada más saber la verdad, volvería a la granja. Marion, Ethan, todos le esperaban. La boda se había aplazado simplemente unos días en espera de él.

Ahora la verdad estaba ya en su mano: iba a morir en menos de un mes. Tenía contados los días, las horas, los minutos…

Contempló el sol, la luz del día, radiante y cálida, los edificios hermosos, el tránsito de la gente por su lado.

Era terrible. Era terrible morir. Sobre todo ahora que había conocido la ciudad, que había sentido la proximidad de la vida

auténtica, de la libertad de las gentes, de su existencia independiente, con un trabajo, resolviendo la vida por sí mismos. Y ahora, cuando pensaba que él, a costa de amargos y duros trances, podía llegar a ser uno de aquellos hombres de la ciudad, a vivir por sí mismo, sin yugos familiares, sin imposiciones de nadie, sin obediencias ciegas ni temores, precisamente ahora… todo eso carecía de valor.

No tenía tiempo; Ni de vivir, ni de amar, ni de aprender, ni de ambicionar nada. Joven, fuerte, lleno de vida… lleno de muerte.

No supo cómo había llegado. Se encontró en un amplio y largo puente sobre el río que cruzaba la ciudad. Bajo el tendido metálico, moderno, audaz, pasaban remolcadores, canoas a motor, lanchas…

Todo rezumaba vida, aliento, vitalidad plena y hermosa. Hasta las aguas sucias del río, hasta los golfillos inclinados sobre esas aguas, hasta los viejos tripulantes de piel bronceada por el sol y el yodo del mar, más allá de la desembocadura del amplio río ciudadano.

Los golfillos, allá en la orilla, tiraron una piedra al agua que trazó círculos concéntricos y se hundió luego en su turbio color.

Raúl Keller suspiró. Era un medio de terminar pronto aquél. El agua… Hundirse como aquella piedra…

Desechó, asqueado la idea. Él tenía fe, creía en Dios. No podía admitir la cobardía de una muerte así.

Se apartó y caminó a través del puente. Se alejó de la tentación nefasta. Si había de morir, sería cuando su hora llegase, no antes.

Sintióse solo, perdido en la gran ciudad. Como un muerto que aún caminase. Como un simple fantasma, a quien la gente no pedía ver.

Pero sonrió. Sonrió, como si la idea fuese divertida. Como si morir significara algo realmente agradable. Había pensado en algo. En su último gran placer. En su decisión final de rebelarse contra todo lo que hasta entonces dominara su vida.

Ya no podía sentir inquietud. Ni miedo. Había tomado un billete de ida y vuelta para la ciudad. Sólo que no volvería. Nunca.

Era poco más tarde cuando se detenía ante el edificio de la oficina telegráfica. Entró, pidió un impreso y escribió con letra firme, segura. Como si pudiera sentirse tan terriblemente seguro de sí mismo precisamente ahora. Y quizá sí, después de todo.

Quizás era así.

Escribió el destinatario: «Ethan Keller, Keller Farm». Y el nombre del lugar. Después, el texto:

Busca esposo para Marion. Y busca otro para mi trabajo, hermano. Yo me declaro en rebeldía. Para siempre. Adiós a todos los Keller.

Raúl.

Luego se sintió feliz. Más feliz de lo que nunca fuera. Cuando hubo despachado el telegrama, sonrió radiante. Salió a la calle. La luz le pareció esplendorosa, el día magnífico. La vida maravillosa. Incluso la muerte podía resultar agradable después de aquella decisión.

Al menos podían convertirse en felices las últimas horas de una vida. Y eso, para Raúl Keller, ya era algo. En realidad, era mucho. Ahora lo era todo.

Y, de repente, al pisar la acera, tropezó con una mujer. Una mujer joven. Se excusó, mientras ella le miraba, indulgente con su torpeza. Raúl sintió que la vista se le nublaba. El corazón le dio una terrible punzada.

La muchacha sintióse alarmada. Le miró fijamente.

—¡Señor! —musitó—. ¿Qué le sucede, por Dios? ¿Qué le ocurre?

Debía de estar muy pálido, muy rígido. Quiso hablar, sonreír, quitar importancia a todo aquello. El gesto de alarma de ella aumentó en intensidad.

No le salieron las palabras. La punzada se repitió. Y el suelo vino a su encuentro y chocó con él.

Lo último que percibió, antes de hundirse en la oscuridad total, fue el grito angustiado de la muchacha. Y nada más…

Todo lo demás era negrura, simple oscuridad, la inconsciencia absoluta.

CAPÍTULO II

A LA MISMA HORA



la misma hora, Galio fue condenado a morir.

Sí. Era la misma hora. En la tabla del tiempo podía ser la misma hora, tomada cronométricamente y sin hacer uso de las distancias.

Porque si allá, en la ciudad, Raúl Keller hubiera sido capaz de ver al hombre que había de ser ejecutado, hubiese tardado exactamente ciento setenta años en presenciar la escena. Y cuando la hubiese visto, naturalmente, hubiera hecho ciento setenta años que Galio habría muerto.

Pero aun así, era la misma hora. Ambos sucesos, por una de esas circunstancias casuales, por una coincidencia que, por cierto, no tiene nada de extraordinaria en una distancia de más de mil trillones de millas, tuvieron que ocurrir simultáneamente.

En la Tierra, Raúl Keller era sentenciado a muerte por el

diagnóstico inequívoco de un especialista.

Y allá, en Antares, un ser diametralmente opuesto a Keller, separado de él por ciento setenta años luz de distancia, iba a morir también, en plena juventud.

Pero todo eso carecía de importancia. Quizás en otros muchos mundos, en la Tierra misma, otros seres muriesen a la vez que Keller. Sí, no hubiera tenido la menor importancia, de no existir dos factores que lo hacían totalmente distinto y le daban el cariz de una coincidencia realmente fantástica.

Porque Galio, el hombre condenado a muerte en Antares era exactamente igual a Raúl Keller.

Dos hermanos gemelos no lo hubieran sido tanto. Y entre ambos seres, físicamente iguales, había mil trillones de millas de espacio, de mundos, de galaxias, de constelaciones, astros y franjas de cuerpos siderales.

Hasta eran iguales en la circunstancia que les llevaba a morir; Uno, sentenciado por una enfermedad incurable. El otro… por la justicia de su mundo.

Galio no lo sabía. Raúl Keller tampoco.

Pero el primer paso estaba dado. El primer paso hacia un fantástico suceso en la historia de los mundos del universo.

* * *

—Galio, serás ejecutado conforme marca la ley de Zohr —dijo el juez Dos.

Zohr era el nombre nativo del gigantesco sol rojo que en la Tierra se llama Antares.

—Entrarás en la cámara de luz mortal —siguió el juez Dos, a través de los fonos de su estrado—. Y allí, sometido dos minutos a esa luz, hallarás la muerte a que este tribunal te sentencia. Si, como la ley de Zohr marca, sobreviviera tu cuerpo a esos dos minutos de exposición a la luz mortal, serías indultado de tu pena, Galio.

Traducido a un lenguaje terrestre, eso hubiera dicho el juez Dos. Lo dijo, naturalmente, en la lengua breve, musical y fácil de Zohr. Y en los términos de aquel mundo estelar. Pero ésa hubiera sido la fiel traducción, hecha por una mente humana que conociera el difícil idioma de Antares.

Galio no dijo nada. Lo consideró estúpido e innecesario. Tampoco alimentó la menor esperanza. ¿Por qué hacerlo? La luz mortal era un medio de morir realmente insalvable. Una simple exposición de tres o cuatro segundos a su poder irradiado aniquilaban a un ser cualquiera. ¿Cómo sobrevivir ni soportar siquiera consciente el terrible azote de la luz mortal durante ciento veinte segundos?

—Alega lo que puedas pensar contra tu sentencia —habló el juez Uno—. Serás escuchado, Galio. Y se examinarán tus palabras si ha lugar a ello.

Galio se incorporó lentamente en su estrado circular. Dirigió una ojeada altiva, desafiante, a su tribunal y a los ojos mágicos de la televisión que transmitía su juicio a todo Zohr.

—Tengo muchas cosas que alegar —dijo con voz potente—. Pero ninguna serviría de mucho en este antro de cobardes asesinos que fingen utilizar la ley para justificar sus crímenes. Zohr es una cloaca hedionda, regida por ratas asquerosas y manipulada por verdugos sin conciencia. Me asqueáis todos. Sabéis que soy inocente. Pero hace falta una víctima que impresione a las gentes y evite nuevos conatos de rebeldía contra vuestra ruindad tiránica. ¡Zohr será libre algún día, aunque yo haya de morir vilmente asesinado por vuestra malvada justicia, cobardes! Y moriré feliz. Es todo lo que tengo que alegar.

Los jueces se miraron, inquietos, en su pétrea, rígida altura, rodeados de luz cárdena. Abajo, la voz del reo había sonado como un desafío, como una llamada a las gentes que en Zohr soportaban la esclavitud tiránica.

Pero había sido inútil. Porque una voz metálica, brotando de un altavoz, informó:

—Termine el juicio. Las cámaras televisoras han cortado la conexión al empezar a hablar el reo. Nadie ha oído, pues, sus impertinentes palabras.

—¡Perros traidores! —aulló Galio, convulso—. ¡Ni siquiera tenéis el valor y la dignidad de afrontar vuestras propias culpas y dejar que alguien las exponga públicamente, siquiera sea antes de ir a morir!

Se hizo el silencio en la sala de juicios. Nadie replicó a la desesperada furia dialéctica de Galio. Éste supo que todo había

terminado. Nadie le oiría, nadie sabría siquiera que se enfrentó a aquellos seres para echarles en cara su ruindad.

Galio se dijo que había sido cobarde antes. Precisamente ahora, al morir, era cuando tenía que sentirse más audaz, más decidido, realmente dispuesto a ser el rebelde que ellos pretendían, decidido a justificar de verdad las injustas, falsas acusaciones, con las que el Gran Tribunal del Sistema de Zohr esperaba eliminar a un hombre inteligente, vivaz y peligroso, como podía haber llegado a ser Galio para ellos.

Era condenado a morir. Los guardas robot le conducirían ahora a su celda, en espera del momento de la ejecución. Y ese momento nunca se aplazaba más allá de un par de jornadas después del proceso.

Se le acusaba de haber asesinado a dos importantes políticos y de fomentar una revuelta. Todo era falso. Otra persona, quizás un miembro del propio Sistema, se ocupó de preparar las pruebas y los supuestos delitos.

Pero nadie podía defenderse de cosas así en Zohr. Nadie, al menos en el Sistema actual. Aquel mundo de luz, aquella radiante estrella, un gigante rojo en el espacio sideral, solamente poseía su luz externamente. Era una envoltura radiante, fabulosa, capaz de situarla en una magnitud absoluta de 2.4, como astro de luz. Bajo aquella ionosfera de gases luminosos que le proporcionaban su aspecto de cuerpo incandescente, existía un mundo habitado. Y, como si el símbolo mismo de su estructura y materia fuese la pura realidad, el reflejo de lo que allí sucedía, las tinieblas de la tiranía, el terror y la esclavitud regían la vida bajo el cielo luminoso, centelleante y magnífico de las noches y los días de Antares, fundidos todos en un único y luminoso día sin fin.

Allí, en aquel planeta de luz, un hombre iba a morir. Era un ser de estructura humana, un duplicado exacto de aquel que, en un planeta situado a mil trillones de millas, había de morir, agotado por una enfermedad incurable. Su apariencia física era la misma. Su estatura, su rostro, su cabello. Leves diferencias podían apreciarse. Si es que alguien, en el universo, hubiera sido capaz de visitar ambos mundos a la vez, hubiera descubierto que existían esas diferencias. Pero eran provocadas por la indumentaria, los peinados, los detalles accesorios.

De ese modo, el gran enigma universal que suponía la existencia de criaturas de Dios, allá en remotos mundos situados en otras galaxias remotas, se veía centuplicado por el detalle pasmoso, increíble, de la similitud de dos seres, separados en la distancia, en la proporción fabulosa del tiempo-espacio, por ciento setenta años luz.

Sin embargo, la mano de Dios iba a llegar a más. A mucho más en su poder infinito.

Pero eso pertenecía aún al futuro. Al futuro de la Tierra. Al futuro de Antares, al sol rojo gigantesco de Escorpión.

Y al futuro de dos hombres distanciados por ese aterrador espacio: Galio, en Antares. Y Raúl Keller, en la Tierra.

* * *

Y a la misma hora, virtualmente, sucedieron otras cosas en el planeta Tierra. Pero no en la gran ciudad donde un hombre bordeaba el abismo negro de la muerte, sino en otro lugar distante.

No era quizá la misma hora, con total exactitud. Pero si hubo una diferencia de dos o tres horas, ¿podía tomarse en consideración, cuando acontecimientos de un paralelismo increíble tenían lugar en puntos separados por casi doscientos años luz?

Así, pocas horas después de que las manos de Raúl Keller depositaran un despacho telegráfico en la ventanilla de la oficina correspondiente, sucedió que…

* * *

—Es preciso matarle.

—Sí. Hay que matar a Raúl.

La primera frase había sido fría. Glacial la segunda. Luego, los dos personajes que hablaban se miraron con expresión imperturbable.

—Creí que el veneno había actuado, en acción lenta, sobre el corazón de Raúl —habló de nuevo el que lo hiciera antes—. ¿O te equivocaste en algo?

—Te aseguro que no, Aaron. Ya tenía que haber muerto. No

comprendo cómo resistió tanto. Ni cómo pudo salir hacia la ciudad. Y menos, que haya enviado ese telegrama. Eso significa que se siente fuerte, capaz…

—O tal vez que se siente morir y comete su último acto heroico, Ida —rió Aaron roncamente—. Pero no podemos estar seguros. Y, en tal caso, hemos de actuar. Además, Ida, quizás esa nueva droga no sea todo lo útil que has dicho… y nuestra víctima haya salido de peligro, quizás un médico experto le haya tratado, y la policía sepa ahora…

—Calla, estúpido —cortó glacialmente Ida—. Utilicé la droga porque sé que resulta eficaz. Y que nadie puede descubrir que esa dolencia haya sido obra de manos humanas. ¿O crees que mi carrera química no me sirve de nada?

—Perdona, Ida querida —se excusó Aaron gravemente—. Tal vez no sea justo contigo y con tu ingenio químico. Tu droga de acción lenta y mortal puede ser eficaz. Pero algo hay evidente: Raúl vive.

—Y algo más hay evidente, Aaron: no debe vivir.

—No. No debe vivir. ¿Quién irá a matarle a la ciudad, puesto que no piensa volver aquí, a la granja?

—Tú y yo, Aaron.

—¿Los dos? —se sorprendió él.

—Sí, los dos —sonrió glacialmente Ida—. ¿Crees que iba a ir yo sola, o a dejar que fueses tú quien actuara sin mi ayuda? No, Aaron. Seremos ambos los que actuemos. ¡Y esta vez sin fallos! Raúl morirá.

—Eso es. —Aaron se frotó las manos, con sonrisa maligna—. Raúl morirá…

Ya estaba todo hablado. Ambos de acuerdo. No se dijo nada más.

Poco después, una pareja partía hacia la ciudad. Una pareja de asesinos de aspecto amable, juvenil y cordial. Dos seres de cálida apariencia y helado corazón.

Su destino era la gran urbe cercana. Su meta, una vida humana: la de Raúl Keller, el hombre sentenciado a morir de un modo u otro…

* * *

A la misma hora, Raúl Keller volvió en sí.

A la misma hora en que dos seres planeaban su asesinato, fría y despiadadamente, Keller abrió de nuevo los ojos, volvió de la oscuridad.

—¿Qué… qué ha ocurrido? —preguntó, con esa escasa originalidad con que suelen reaccionar los que han permanecido inconscientes algún tiempo.

La voz de mujer le respondió:

—Cayó usted a mis pies en la calle, señor Keller. Ahora se encuentra en lugar seguro. Y bien atendido, puede creerlo.

Raúl Keller no lo dudó. En especial cuando, al abrir sus ojos totalmente, tras dos o tres pruebas en que sus pupilas solamente captaron imágenes borrosas, descubrió ante sí la faz suave, ovalada, rodeada de cabellos rojizos, de grandes ojos verdes, boca carnosa, nariz breve, respingona y graciosa.

—Sí, estoy bien… bien atendido, no lo dudo —musitó con voz quebrada.

—No lo decía por eso. —La bella muchacha sonrió, señalándole a alguien que la acompañaba junto al lecho en que se encontraba él tendido—. Le presento a mi médico personal, el doctor Hawtorn.

Raúl se sobresaltó. Miró vivamente al aludido. El médico le estudió a través de sus gafas de montura plateada. Le sonrió afablemente bajo el bigote canoso.

—Serénese, señor Keller —dijo suavemente—. Al parecer, sufrió un desvanecimiento provocado por una insuficiencia cardíaca. Por el momento está perfectamente. Pero me preocupan esas cosas. Volveré más tarde para atenderle con más calma. Pat me llamó con urgencia, y le he atendido de primera intención. Si continúa aquí, como le aconsejo que haga si no quiere empeorar, acudiré para tratarle más ampliamente.

—Oh, pero yo no debo…

—Vamos, no se esfuerce —sonrió la joven Pat—. Mi casa es lo bastante amplia. Me he preocupado de examinar sus documentos, y veo que no reside en la ciudad, ni tiene familia aquí. Por tanto, hará bien en quedarse.

—¿Usted es… es Pat?

—Eso es —rió ella—. Patricia Stark. Pat para los amigos. Y usted, en cierto modo, es casi un amigo. Primero, tropezó conmigo.

Luego… se desvaneció. Evidentemente, debí parecerle lo bastante bonita como para ello.

—Bueno, me gustaría que hubiera sido por eso —rió a su vez Raúl—. Pero lamento defraudarla. Es usted hermosa. Sin embargo, no fue eso lo que me derrumbó. Y lo siento.

—Es igual. No por eso dejaré de atenderle.

—Sinceramente, me parece usted demasiado joven para sufrir colapsos así —apuntó el doctor—. Voy a hacer unos análisis con su sangre y posiblemente le haga un examen interno más completo.

—No, no es necesario —se excusó rápidamente el joven Keller —. Será mejor que…

—Será mejor que se esté ahí quieto —sonrió con viveza Pat Stark, apoyando sus manos en los hombros de Raúl para retenerle —. Es una orden. Y no sólo del médico, sino mía.

—Pero, señorita Stark, ¿qué dirá su familia si…?

—No tengo familia. De modo que nadie dirá nada. Y llámeme Pat. Odio que alguien me diga «señorita Stark». Eso queda para las solteronas. Respecto a su tratamiento, no sufra tampoco. Creo que podría gastar en mantener cien hospitales, y aún me sobrarían unos cuantos millones, desgraciadamente.

—¿Desgraciadamente ha dicho? —se sorprendió Raúl.

—Sí, eso dije. ¿Le sorprende?

—Un poco.

—Si tuviera dinero, no le sorprendería en absoluto —musitó Pat —. Es una de las cosas más molestas que existen.

—Posiblemente. —Raúl movió la cabeza afirmativamente—. En realidad, si tuviera dinero, no sabría qué hacer con él. Creo que me sobraría por todas partes, y no me daría la menor ilusión.

—¡Bravo! —estalló Pat, entusiasmada. Ella no podía comprender las razones de Raúl Keller para hablar así. Por eso elogió, entusiasmada—: En el fondo, pensamos lo mismo.

—Oh, sí. Pero resulta sorprendente que usted… tan joven y llena de vida, hable de ese modo, Pat.

—Bueno, tampoco usted es viejo —rió la joven—. Seguro que no me lleva más de cinco o seis años.

—Seguro —suspiró Raúl con tono grave. Entorno los ojos, no queriendo seguir la charla por ese punto—. Me encuentro cansado. Muy cansado, se lo digo de veras, Pat…

—Descanse, entonces. Volveré más tarde. Puede dormir bien tranquilo. Como si estuviera en su casa, amigo mío.

Y ciertamente, Raúl aceptó aquel consejo. Poco después dormía profundamente.

CAPÍTULO III

PARALELISMO


i nombre es Zodyk. ¿Tú eres Galio?

—Sí. Yo soy Galio.

—Vas a morir, ¿verdad? —Sí.

—También yo —suspiró el anciano de blancos cabellos.

Galio le contempló con pesar. Los huesudos hombros, bajo el atavío de áureo color que eran el uniforme en la prisión, se encogieron con indiferencia y los ojos grises, cansados, reflejaron una sonrisa amarga que sus labios, entre la barba densa y plateada, no llegaron a expresar.

—Lo siento, anciano —dijo Galio gravemente, andando hasta su litera aérea, en la cabina circular que era su celda de condenado—. ¿Por qué han de matarte a ti?

—Yo soy viejo, Galio —musitó el viejo Zodyk—. La vida, a

nuestra edad, es algo que vale poco, apenas nada. Lo penoso es que tú, un hombre joven y fuerte, hayas de morir.

—Así se ha decidido. Nadie puede evitarlo ya.

—Dios puede evitarlo todo, Galio.

—Dios… —Galio encogió ahora sus propios hombros con escepticismo—. ¿Recuerda siquiera que existe una criatura suya llamada Galio, que ha de morir?

—Dios recuerda siempre a todas sus criaturas —sentenció el anciano, elevando sus ojos al cielo metálico, frío y duro de la celda —. Galio, el mundo entero de Zohr confía en sus jóvenes heroicos e inteligentes. En hombres como tú, que salven a su civilización y su raza, que la lleven a la libertad de que todo hombre debe gozar.

—Otros lo harán un día, Zodyk. La juventud de los hombres no termina con la muerte de uno solo de ellos. La vida seguirá cuando yo haya muerto.

Zodyk asintió lentamente. Se acomodó en su propia litera, pensativo. Hundida su faz entre las huesudas y crispadas manos, el hombre anciano, de blancas barbas y larga melena plateada, el viejo recluso, parecía pensar y pensar…

—¿Morirás en la luz mortal? —preguntó tras un silencio.

—Sí.

—Es una muerte irremediable.

—Lo sé.

—Pero la ley prevé que, si alguien resistiera dos minutos esa luz, sería libre.

—Nadie puede resistirla.

—Eso es. Nadie puede resistirla… en Zohr.

Había habido una rara entonación en la voz del viejo recluso. Galio le contempló fijamente, con sorpresa.

—¿Qué quieres decir con eso? —indagó.

—Nada. Expresaba en voz alta una idea que se me ha ocurrido. Hablamos de nosotros mismos. Y admitimos que nadie es capaz de hacer algo, sólo porque nosotros no sabemos hacerlo o estamos física y mentalmente incapacitados para ello.

—Así sucedió siempre.

—Sí, así sucedió siempre… hasta que yo traté de romper las leyes naturales de Zohr. Por eso estoy aquí. Por eso voy a morir. O creen ellos que voy a morir.

—Sigo sin entenderte. —Galio pensó si aquel hombre no estaría loco, si no sería un pobre demente que sólo expresaba incongruencias, pese a su tono inteligente y mesurado.

—Sé lo que piensas: estoy loco.

—Yo no…

—Claro que lo piensas. Y no te lo reprocho. Ellos también lo pensaron al principio —señaló al exterior de la celda con aire despectivo—. Luego comprendieron que no era así. Que yo era un peligro. Y me sentenciaron a morir después de destruir mis instalaciones de investigación.

—¿Eres un sabio, Zodyk?

—Un sabio… No sé. No sé nada, Galio. Sólo sé que yo vi más allá que ningún otro. Y que descubrí uno de los grandes secretos del universo: hay otros mundos habitados. Habitados por seres como nosotros, Galio.

—¡Imposible!

—No, no es imposible. Hay mundos, planetas, soles sin luz, en los que viven y mueren criaturas humanas como tú y yo. Lo difícil es verlas, llegar hasta ellas, fundirse con ellas y vivir su existencia.

—Aunque hubiese realmente mundos así, ¿cómo podría uno saber que existen, Zodyk?

—Yo lo sé —dijo inesperadamente el anciano—. Y los he visto, Galio.

Ahora sí estuvo seguro de que aquel viejo hablaba simples locuras, fantasías imposibles. Y el anciano se dio cuenta de lo que él pensaba. Rió entre dientes y añadió ante el silencio expectante e incrédulo del joven condenado:

—Sí, Galio, yo vi más allá que nadie. Por eso voy a morir. Por eso fue destruido todo mi trabajo de años. Pero te aseguro algo: en uno de esos mundos habitados por gentes físicamente iguales a nosotros, hay una especie que puede soportar la luz mortal sin perecer.

—¿Cómo puede asegurar eso? Aunque hubiera sido capaz de penetrar en los espacios, de ver a través de la ionosfera de luz cósmica que rodea a nuestro mundo, ¿cómo habría logrado saber algo tan asombroso? Me sorprende que le condenaran por eso… a no ser que hiciera demagogia con tales afirmaciones, Zodyk.

—No me entiende —suspiró el viejo gravemente—. No sólo he

VISTO…, sino que he ESTADO en ese mundo lejano.

Galio parpadeó, estupefacto. Le miró fija, incrédulamente. El viejo rió, divertido al parecer. Su siguiente afirmación fue mucho más asombrosa aún:

—Es más, Galio. Yo tenía pensado no morir. Pensaba escapar de aquí. Tengo los medios. Y luego, una vez libre, hubiera vuelto al lugar donde he dejado todo lo necesario, bien oculto a los verdugos de Zohr, para emprender de nuevo el viaje, esta vez definitivamente, hacia ese mundo remoto, llamado Tierra. Sin embargo, he cambiado de idea. Estoy viejo, cansado. Creo que prefiero morir. Serás tú, Galio, quien irás en mi lugar… pero, necesariamente, al hacerlo, has de traer a este mundo al ser más parecido a ti que exista en la Tierra. O, de otro modo, no será posible el viaje.

* * *

Aaron e Ida se detuvieron en la plataforma de los helicópteros interurbanos. Descendieron por la serpentina metálica, automática, que les llevó al nivel inferior, el de la calle. Se encontraron en plena urbe, en una de sus principales avenidas, entre gentes que circulaban rápidas, presurosas. Entre edificios altísimos, cruces cuajados de tránsito rodado, a motor o a turbinas, y grandes escaparates llenos de tentadora mercancía.

—Ya hemos llegado —dijo Aaron.

—Sí. Ahora a buscar a Raúl.

—Tienes mucha prisa, Ida.

—Claro. Ha de morir. Y morir pronto. O todo se perdería.

—¿Crees que podremos localizarle?

—Hay que intentarlo. De un modo u otro, Raúl aparecerá, estoy segura.

Los dos continuaron calle adelante. Tomaron un vehículo de alquiler y se encaminaron al centro mismo de la ciudad, sin dirección fija alguna. Pero esperando, de un modo u otro, hallar lo que buscaban: al hombre sentenciado a morir.

Los ojos de la hermosa y enlutada Ida y del sombrío y taciturno Aaron reflejaban su determinación absoluta de llevar a cabo el plan, el siniestro proyecto criminal, hasta sus últimas y terribles

consecuencias.

Sólo les faltaba tener un éxito inicial: dar con Raúl Keller.

Y en eso iban a tener más fortuna de la que esperaban.

* * *

—¿Ahora se siente mejor?

—Muchísimo mejor —suspiró Raúl Keller, aceptando el cigarrillo que Pat le tendía, tras una leve vacilación. El doctor le había advertido en la consulta: «No fume, no coma con exceso, no beba licores en absoluto. O su vida se reducirá». Había bebido, había comido abundantemente. Y ahora fumaba. ¿Qué podía importarle ya todo lo demás? Y tampoco quería que Pat Stark supiera la tremenda verdad. Añadió, tras una pausa, dedicada a encender el cigarrillo de Pat y el suyo propio—: Creo que en mucho tiempo no me he sentido mejor que hoy, Pat.

—¿Por qué? ¿Porque ha cenado en compañía de una chica joven y no mal parecida, en una terraza con una vista tan maravillosa y una dulce música de fondo? —sonrió Pat, abarcando con un amplio ademán la florida terraza semicircular, que asomaba a la noche, a la urbe radiante de luz, de sonidos distantes. Muy tenue, sonaba música de violines en algún lado, dándole un aire íntimo y romántico a la escena.

—Es una de las razones. Pero hay otras.

—¿Por ejemplo?

—Que usted es una muchacha maravillosa. Que es un lugar magnífico. Y que me siento feliz. Pero que ignoro por qué. Acaso porque he encontrado por vez primera un aprecio auténtico, un verdadero sentido de amistad cordial, desinteresada, abierta.

—Keller, usted viene del campo, de una lejana granja. ¿Cómo es la vida allí? La he imaginado mejor, más dulce y apacible que aquí, en la ciudad.

—Todo depende de los seres que nos rodean, Pat. Hay campos de paz, como hay ciudades acogedoras. Eso es cosa de las gentes, no del lugar. Yo… yo nunca fui realmente libre… hasta esta noche. Hoy sé lo que es la libertad. Lástima que sea tan tarde.

—¿Tarde para ser libre? —Ella rió, divertida—. ¡Por Dios, pero si es un muchacho joven, lleno de tiempo para todo!

Raúl no dijo nada. En vez de eso, fumó en silencio, estudiado por Pat, que volvió a la carga:

—Hábleme de usted. Dígame cómo era su vida en la granja. Trataré de comprenderle.

Raúl lo hizo. Contó su vida. Prescindió absolutamente del dictamen médico, de su dolencia y de todo aquello. Al final, Pat Stark movió su cabecita pelirroja.

—Entiendo —confesó—. Ahora, sí. ¿Por qué no rompe con esa familia suya? Cada ser está destinado a ser libre, Dios lo dispuso así con sus criaturas. Usted no puede ser una excepción. El mundo vivió años enteros sometido a feudalismos y dictaduras. Hoy en día puede decirse que todo eso terminó. Usted no puede ser distinto a otros.

—Ya lo hice, Pat. Ya rompí con los Keller. Pero eso traerá problemas. Problemas que usted no comprendería.

—Creo que sí los comprendo: dinero. ¿No es eso, Raúl?

—Sí, es uno de ellos.

—¿Por qué se apura? La ciudad está llena de oportunidades. Luche. Estoy segura de que saldrá adelante. No le ofrezco mi ayuda porque se ofendería.

—Sí, me ofendería. Pero gracias, Pat. —Keller se incorporó, paseó hasta el borde mismo de la terraza y asomóse a la ciudad, dejó vagar la mirada triste por el mar de luces y colores, de ruido y de pálpito vital—. Es hermoso todo esto. Muy hermoso… La naturaleza, Pat, le hace sentirse a uno empequeñecido, insignificante. Mire eso. No la ciudad, con ser maravillosa, sino esas otras luces, eternas y radiantes. El firmamento sobre nosotros… Esos astros lejanos, a los que los hombres jamás llegarán, a pesar de lo que han avanzado en técnica espacial. Mire aquellos parpadeos de luces siderales, separadas por cientos o miles de años luz de nosotros. ¿Qué significa una vida, una pobre existencia humana, en este mar de maravillas y de grandiosidades sin fin?

Los ojos de Raúl contemplaban la distancia, los faroles estelares de los caminos negros del espacio. Quería apartar de allí sus ojos, y no podía. Había algo, algo singular y enigmático en aquellas distancias, algo que atraía su mirada hacia la luz remota de las estrellas.

No se dio cuenta de que Pat estaba a su lado, de que su cuerpo

juvenil se pegaba al suyo, de que sus manos le oprimían los brazos… Pat se empinó sobre sus pies y besó los labios de Raúl Keller.

Éste, sorprendido, la miró. Luego, la besó también. Era demasiado hermosa para no hacerlo. Y, con un repentino impulso rebelde, se apartó, convulso, gritando roncamente:

—¡No, no! ¡No debo, no puedo hacer esto contigo, Pat!…

—¿Por qué, Raúl? —musitó ella, con las estrellas reflejándose en sus ojos—. ¿Por qué no? Somos libres. Tú y yo. Métete eso en la cabeza. Y si algo en mí te atrae, no te resistas a seguir tus impulsos. Olvídate de esa estúpida esclavitud familiar a la que has estado condenado durante toda tu vida.

—No… no es eso, Pat… —jadeó Raúl Keller—. Es que yo, yo… voy a morir. Solamente dispongo de días, quizá de un mes… pero no más. Un médico me ha examinado, por eso vine a la ciudad.

—¡Raúl! —Muy pálida, Pat le contempló, angustiada.

—Es la verdad, pequeña… El médico ha dicho que no tengo ningún remedio. Una enfermedad mortal me aniquilará. Y la ciencia no conoce remedio contra ella.

Un silencio de muerte se hizo entre ambos. Miráronse lenta, largamente. En la radio había cesado la música. La voz de un locutor anunció:

«De nuestro boletín de noticias. Señoras y señores, se ruega a quien sepa algo sobre el enfermo Raúl Keller, escapado de una clínica local, enfermo de algún cuidado, de informes sobre su paradero y…».

Keller, rápido, cruzó la terraza y cerró la conexión de la radio. Se volvió, con el rostro brillante de sudor, a la joven Pat.

—¡Enfermo de algún cuidado! —jadeó roncamente—. ¿Has oído eso? Son muy suaves en decir las cosas. No quieren alarmar a la gente, haciéndole creer que soy un apestado o algo así.

—¿Lo eres realmente, Raúl?

—¡No! Pero es como si lo fuera. No constituyo un peligro para nadie. Sin embargo, para mí, no soy nada. Sólo un muerto que anda.

—¿No sería mejor volver a la clínica, dejarte tratar?

—No resolvería nada. No hay remedio, Pat. Absolutamente ningún remedio. Es una dolencia incurable. Un día, el corazón

fallará. Eso sucederá muy pronto. ¿Te das cuenta? ¿Qué clase de hombre sería yo en tu vida si aceptara ser amado, si te quisiera y tolerase nuestra unión? No es la vida lo que me asusta, Pat. No es la falta de condiciones para trabajar, para luchar de algún modo. Todo eso se arreglaría. Pero la muerte, el próximo final inevitable… eso es lo que me aterra. Y no sabes de qué modo.

—Raúl, ¿tienes miedo a morir? ¿O tienes miedo a dejar de vivir… porque ahora me has encontrado a mí?

La pregunta anhelante de Pat pudo haber merecido una respuesta dura, deprimente. Keller hubiera querido darla. Pero no podía. Ella no tenía la culpa de su infortunio. Y aunque sabía que aquello era hacer un mal, un gran mal, confesó roncamente:

—Yo… yo temo que no debí haberte conocido, Pat. Es ahora únicamente cuando temo morir… porque te amo.

* * *

—Ahora es cuando temo morir… porque te amo.

Eran las mismas palabras. Aunque las lenguas, los sonidos, la expresión, fueran diferentes.

Pero dos hombres iguales hablaban lo mismo, separados por ciento setenta años luz. Y una mujer, en ambos casos, era la que escuchaba. Pat Stark, en la Tierra. Pelirroja y hermosa. Lyra, en Antares o Zohr. Rubia y hermosa…

—Galio, ¿qué vas a hacer entonces? —susurró la voz de la bella mujer de Antares, cuyo cabello brillaba a la luz blanca, deslumbradora, del cielo luminoso, salpicado por millones de chispas y de polvo resplandeciente—. Nada puedo hacer por ti.

—Ni te pido que lo hagas, Lyra —sonrió dulcemente el arrogante y atlético Galio—. Lo que yo no pueda hacer, nadie lo hará. Pero no temas. Tal vez Dios sea generoso conmigo. Y me ofrezca mi oportunidad de luchar, de sobrevivir aún.

—Es imposible, querido —gimió Lyra—. Nunca podrás salir de aquí, ni sobrevivir a la luz mortal. Y tú lo sabes.

—Uno nunca sabe las cosas —dijo Galio, levantando la cabeza y mirando a través del enrejado magnético de la ventana de su celda hacia la gran claraboya, tras la cual centelleaban los millones de astros que formaban la envoltura de luz de Antares, los cuales

velaban el resto del firmamento a la vista de los habitantes del gran astro—. Uno ignora, incluso, las cosas que puede haber tras ese velo de luz celestial, más allá de lo conocido por nosotros.

Lyra le contempló con expresión asustada.

—Galio, ¿es que el encarcelamiento ha alterado tus facultades tal vez, y…?

—No, no —rió él—. No temas, Lyra. Sé lo que me digo. No estoy loco ni sueño con fantasías. Presiento algo… Hay realmente «algo» más allá de nosotros mismos y de nuestro saber.

Una luz roja parpadeó en el muro, con un zumbido electrónico. Ambos enamorados se miraron desesperada y temblorosamente.

—Hasta mañana, Galio —musitó ella.

—No, Lyra. No vuelvas. Esto es sólo sufrir, temor, pasar angustias…

—Volveré, querido. Quiero verte, seguir viéndote, al menos hasta el fin. ¿O es que esperas que yo sea como Aura?

—Aura… —Los labios de Galio se encajaron fieramente. Una luz colérica brilló en sus ojos—. Aura, la traidora… ¿Qué ha sido de ella, Lyra?

—No sé. Nadie lo sabe. —Lyra parpadeó, sus sedosas pestañas velaron las pupilas casi doradas—. Se cree que debe de estar con Hydro, lejos de aquí. Hydro y Aura fueron los que planearon la traición, los que sin duda cometieron los delitos que te han atribuido a ti.

—Y yo que creí que era noble, que llegué a dudar entre su cariño y el tuyo…

—Hiciste mal —sonrió dulcemente Lyra—. Pero lo importante es que ahora lo sabes. Ahora estás seguro de que es a mí a quien amas. Y eso es lo que realmente cuenta en nuestras vidas… ocurra lo que ocurra. Yo, Galio… te amo. Y te amaré por encima de todo.

Se unieron sus manos sobre el tablero enrejado. Un beso imposible pasó por éste, de boca a boca. Y la entrevista terminó al segundo zumbido parpadeante de la roja luz.

Lyra abandonó el recinto celular. El suelo móvil se deslizó y llevóla hasta la plataforma de aerodiscos interurbanos. Antes de entrar en el vehículo, se volvió.

En medio de la ciudad luminosa, bajo el cielo de luz, la torre metálica, fría, vertical, en cuyo interior esperaban los sentenciados

a la pena decisiva, parecía un extraño y siniestro monolito de muerte.

La hermosa rubia de Antares se estremeció. Su figura hermosa, estilizada, entró en el aerodisco. Se inclinó sobre los mandos y presionó el resorte de marcha. A su lado, sonó una leve risa burlona.

Lyra giró la dorada cabeza, sonriendo maliciosamente. Su mirada encontróse con la del hombre alto, rubio, enjuto y frío, que se acomodaba en el asiento del semicírculo delantero del disco.

—¿Todo bien, Lyra? —preguntó con voz serena, helada.

—Todo —rió Lyra, sarcástica—. El tonto de Galio espera la muerte hablando de extrañas esperanzas y de un más allá, tras las luces del cielo de Zohr. Y mientras tanto, cree que Aura y tú fuisteis los traidores.

—Eres lista, ¿eh, Lyra? Tú no te asocias con la traición, ¿verdad?

—Por supuesto —sonrió Lyra—. Aura no puede defenderse. La pobre tiene suficiente con arrastrarse, estúpida, sin memoria, por el Sanitarium. Y eso es algo que Galio ignora. Morirá convencido de que ella le entregó.

—Y así, tu orgullo de mujer queda triunfante. Lograste que te amara él y que te amara yo. Pero me elegiste a mí y le vendiste a él. ¿Por qué, Lyra?

—Porque tú puedes ofrecerme más que ese soñador de Galio, que aspira a un Zohr más libre, más perfecto y mejor, sin desear nada para mí. ¡Grandísimo estúpido! Tú, en cambio, querido Hydro, me ofreces riqueza, poder, un futuro esplendoroso. A pesar de sus fantasías, de sus sueños de evasión… morirá.

—¿Evasión? —Hydro se puso tenso. Miró de soslayo a su joven amante y enarcó las rubias cejas. Los ojos violáceos centellearon—. ¿Has dicho «evasión»?

—Sí, Hydro. Pero en sentido figurado solamente. Galio habló de Dios, de un más allá, tras ese velo de luces del espacio, de polvo de estrellas… Puros sueños de un demente, al borde de la tumba.

—No, tal vez no sean sueños —habló gravemente Hydro, frotándose la huesuda y larga barbilla—. Tal vez no, Lyra… Hay que vigilar.

—¿Vigilar?

—Es posible que Galio intente escapar. Y si es así… no debe

lograrlo. Hace falta que muera. Los rebeldes como él resultan muy peligrosos para el Sistema al que yo sirvo lealmente, ya que servirlo me enriquece. Cundiría el ejemplo si Galio salvara su vida, harían de él su caudillo, su líder y símbolo triunfante. Galio debe morir. Y morirá. Si lograse escapar de esa torre… encontraría algo inesperado, algo que le haría volver a su sitio en esa prisión.

—Pero, Hydro, ¿cómo puede un hombre salir de allí? Y menos soñando con imposibles irrealizables.

—Se da la circunstancia, Lyra, de que Galio comparte su celda con un viejo que al principio todos creyeron era un soñador, un fantástico. Y no resultó tal.

—¿Quién es ese hombre?

—Zodyk, una mezcla singular de nigromante, mago y científico. Se decía que estaba a punto de alcanzar la transmisión a distancia, el teletransporte de seres vivos a distancias incalculables, convertidos en moléculas ultralumínicas.

—¡Eso es imposible!

—Quizá lo sea. Pero, si fuese real, y Galio intentara salir de ahí para actuar en consecuencia, huyendo del planeta Zohr, no lograría sino fracasar y terminar igualmente en la cámara de luz mortal.

Soltó una carcajada y se inclinó sobre Lyra. La besó, y concluyó sarcásticamente:

—Galio no va a engañarme, querida. Ni siquiera ahora. Por nuestro bien común, él debe morir.

Sí. A veces, las distancias, los mundos, las galaxias, no cuentan. Y los seres vivos tampoco.

A veces, el paralelismo asombra. Y aterra.

CAPÍTULO IV

LA MUERTE ENTRE DOS MUNDOS


aron y la bella, siniestra Ida, tuvieron mucha suerte.

Eso sucedía en la Tierra. Pero la situación era fantástica, asombrosamente parecida a la que tenía lugar, paralelamente, a trillones de millas de distancia, en el infinito.

También allí, como en Antares-Zohr, un hombre y una mujer deseaban la muerte de un hombre. La muerte de un ser condenado ya previamente a morir. Pero de cuyo fin no estaban seguros los asesinos.

Ida y Aaron oyeron el boletín radiado mientras cenaban en un restaurante del Nivel Tres de la gran ciudad. Casi pegaron un respingo al oír el nombre de Raúl Keller. Pero, dominándose difícilmente, se contemplaron a través de la mesa. Aaron apretó con tal fuerza la copa de cristal que la quebró. Soltó de su mano los

vidrios rotos, el licor… y gotas de sangre que mancharon el mantel.

—Aaron, ¿has oído? —murmuró Ida, con voz insegura.

—Sí, he oído muy bien, Ida. Raúl vive. Pero está enfermo. O no divulgarían ese boletín.

—Estar enfermo no significa necesariamente morir.

—Ya lo dije yo antes, Ida. Tu famosa droga no ha…

—No seas estúpido. La droga resultó. Quizás haga falta una dosis mayor.

—¿Cómo esperas aplicársela? La policía le buscará ahora. Los médicos también. Pueden salvarle, no hay duda. O tampoco darían boletines por la radio.

—La ciudad tiene cinco millones de habitantes —suspiró Ida—. Y, sin embargo, puede ser sencillo dar con él.

—¿Sencillo? ¿Estás loca?

—Posiblemente. Pero si hay cinco millones, hay muchos menos doctores. La droga provoca desmayos parecidos a colapsos con cierta frecuencia. Ha tenido que ser asistido por alguno, en la calle o en un local.

—Y si así fuera, ¿qué, Ida?

—Es fácil —sonrió glacialmente ella—. Aunque nos lleve la noche entera, telefonearemos a distintos médicos. Tú, por un lado, yo por otro. Acabaremos recibiendo noticias de él. Sabremos dónde está o puede estar, si el médico que le haya atendido posteriormente nos lo comunica.

—Supongamos que todo fuera como tú dices, pero el doctor no habla. ¿Qué habremos resuelto?

—Tiene que hablar —sonrió fríamente Ida—. Recuerda que tenemos derecho a saber de Raúl, querido. *Por algo eres su hermano menor… y yo su cuñada.*

* * *

Tuvieron suerte.

Podían haber pasado la noche entera utilizando el teléfono en busca de un médico entre cientos, miles de ellos. Pero en la intentona número cuarenta de Ida se puso el doctor Hawtorn al aparato.

—¿Dígame? —preguntó.

Ida, astutamente, utilizó la misma pregunta que hiciera a todos los anteriores, con tono acongojado, al parecer lleno de sinceridad.

—Oh, doctor, gracias a Dios que le encuentro. Era vital que diera con usted, dado lo que le sucede a mi hermano.

—¿Su hermano? Temo no entenderla, señora…

—Sé que usted le ha atendido, que, en uno de sus colapsos, usted le prestó asistencia médica, doctor.

—Sigo sin entender, señora…

—Mi hermano es Raúl. Raúl Keller. Usted le asistió, lo sé. He logrado enterarme de eso por mi propio hermano Raúl. Pero me ha dado la dirección del lugar en que se encuentra ahora y la he extraviado. No puedo recordar, doctor. Y he venido a la ciudad en busca suya. Él está muy enfermo, usted lo sabe. Debo dar con él. Mi nombre es Ida Keller.

—Oh, ahora veo claro, señora Keller —habló Hawtorn—. Creí que él estaba solo en la ciudad. También lo creía la señorita Stark. Pero, en fin, si es así, ha hecho bien en llamarme. La estaré esperando en mi consultorio. Venga aquí y hablaremos. Luego, iremos a ver a la policía, porque creo que a su hermano se le reclama por parte de un centro sanitario para prestarle asistencia urgente.

—Sí, sí, iré en seguida… —Ida se mordió los labios, nerviosamente. Aquello no encajaba en sus planes. Era demasiado peligroso. Añadió con tono grave—: Él ya me habló de esa señorita Stark… Helena Stark, me dijo, creo.

—No, no. Patricia Stark —informó inocentemente el médico, y ello dibujo una dura y siniestra sonrisa en el rostro pálido de Ida Keller—. ¿Puedo esperarla, señora Keller?

—Sí. Iré en cuanto pueda. Pero estoy lejos de su residencia. Espéreme, por favor. Y gracias por todo, doctor.

Colgó. Rápidamente hojeó de nuevo la guía. Encontró el número de Patricia Stark. Y las señas. Era todo lo que necesitaba. Anotó rápidamente. Luego, salió de la cabina pública y fue a la contigua, donde su marido hablaba ahora con otro médico.

—Vamos —dijo, cortando la comunicación al apoyar su mano en la horquilla—. Ya tengo unas señas. Creo que encontraremos ahora a Raúl, querido. Pero hemos de darnos prisa… o todo se perderá.

Aaron Keller siguió a su mujer, sin saber lo que ella había

averiguado. Ahora, Ida era quien dirigía sus pasos por la ciudad en pos del hermano desaparecido.

—¿Llevas suficiente dosis de la droga encima? —inquirió cuando subieron a un turbocar.

—Claro, necio —silabeó Ida—. La suficiente para que el pobre Raúl desaparezca… dejándonos a nosotros herederos directos y únicos de Ethan Keller, el patriarca de la familia.

—Y a Ethan también le queda poco de vida —rió malignamente Aaron—. Todo va a salir muy bien, querida. De los últimos en el reparto, pasaremos a ser los únicos.

—Gracias a mí, esposo mío —musitó duramente ella—. No lo olvides: gracias a mí, que soy mucho más inteligente que tú. Y más ambiciosa. De no ser por mí, te hubieras resignado a tu oscura y lamentable situación de hermano menor sin derecho a nada.

* * *

Galio hizo girar el disco en sus dedos. Contempló, intrigado, sus centelleos azulados.

—¿Es posible que simplemente con esto pueda yo…? —comenzó a preguntar, incrédulamente.

—Sí, Galio. Es posible —le atajó con serenidad Zodyk—. Eso te permitirá dispersar y proyectar tus moléculas hasta el exterior de esta prisión. Justamente hasta el sitio donde otro disco igual las recibirá, volviendo a darles corporeidad.

—Es fantástico, Zodyk.

—No mucho. Es, simplemente, un hallazgo científico. Una proyección o teletransporte molecular a una zona donde por igual sistema, en inverso desarrollo, vuelves a ser tú mismo. Éste fue el primer paso de mis ensayos… hasta dar con el auténtico teletransporte molecular, a distancias increíblemente largas. Hasta puntos donde es imposible trasladarse físicamente, ni siquiera a la velocidad fabulosa de la luz. Pero una proyección telemolecular puede realizarse a velocidades que rozan el miliar de veces la de la luz. Y prácticamente, sin distancias, puedes viajar por el universo todo, alcanzar los más remotos lugares del espacio.

Galio, el hombre de Antares, se quedó perplejo, girando todavía el extraño disco metálico entre sus dedos, preguntándose si todo

aquello sería realizable. Zohr era un mundo de grandes prodigios técnicos. Pero, aun allí, la maravilla del teletransporte físico resultaba un hallazgo inaudito.

—Y suponiendo que todo salga bien, Zodyk, ¿cómo podré salir de un planeta como Zohr, donde seré capturado de nuevo y llevado a morir, más tarde o más temprano?

—Ésa es la segunda parte del plan, Galio. Entonces, una vez fuera de aquí, has de teletransportarte a distancia, para huir de este mundo. La Tierra posee oxígeno, como nuestro mundo. Su gravedad es muy inferior, por supuesto. Pero eso se equilibra con nuestro mayor peso molecular y, además, el teletransporte le dota a uno de la debida gravitación para mantenerse normalmente en otro mundo.

—La Tierra… Tú dices que ese mundo está muy lejos —suspiró Galio—. ¿Debo ir tan lejos?

—Sí. Debes ir. Porque el teletransporte, cuando no existe disco receptor en la distancia adonde queremos ser transportados, está forzosamente condicionado a un cruce, a un trueque o canje.

—¿Cruce? ¿Trueque? ¿Canje? —Galio parpadeó, desconcertado —. No entiendo…

—Lo entenderás enseguida. Para que tú vayas a la Tierra, otro ser de igual volumen, peso y aspecto, deberá ser traído aquí. Y en décimas de segundo para ti, que serán algunas horas en el tiempo, los dos cuerpos en viaje se cruzarán, y el tuyo alcanzará la Tierra, a cambio de que ese «doble» tuyo llegue a Zohr.

—Dios mío… Pero yo no puedo elegir a un hombre de aquel mundo y obligarle a venir aquí. Además, ¿a quién elegiría yo?

—No tienes que elegir tú —sonrió Zodyk—. La superfrecuencia de las ondas magnéticas del teletransporte, al tocar la Tierra, actúan como un radar, buscando el tipo físico ideal. Una vez hallado, lo absorben y disparan virtualmente al campo magnético de traslado espacial. Se ve absorbido y cambiado por ti, sin darse cuenta de nada. Tú pisas el mundo elegido y tu «doble» pisa Zohr. Ahí acaba todo.

—No es justo. El que viniera sería condenado en mi lugar. O moriría por falta de adaptación.

—Todo ser inteligente puede adaptarse allí donde le es físicamente posible vivir. No temas por eso. Además, no es fácil que un ser terrestre pueda morir aquí. Aunque físicamente seáis iguales,

hay diferencias. Y esas diferencias, de uno y otro, pueden dar lugar a hechos muy curiosos, según el mundo en que os encontréis.

—Y suponiendo que eso sea factible, ¿cómo puedo yo graduar el teletransporte para ir a la Tierra, pongamos por ejemplo, o a otro planeta?

—Te daré las cifras clave —dijo Zodyk, sonriente—. Te bastará graduar el disco gigante en que serás recibido aquí, tras el teletransporte desde la prisión, y, de acuerdo con las cifras, irás a la Tierra, a Marte, o a los dos mundos gemelos de Andrómeda, iguales a la Tierra y a Zohr, o al planeta Argus de Titán, donde también se repiten las condiciones de vida humana. Puede haber hasta mil o dos mil planetas en iguales condiciones, pero no he podido estudiar con seguridad absoluta ninguno más. Elige tú, por tanto. Te daré las cifras. Tú elegirás, graduando el disco emisor, en el momento del gran teletransporte.

—La Tierra… —Galio meneó la cabeza—. No sé si debo hacerlo, ni siquiera sé si seré justo. Y si después deseo volver a Zohr… ¿cómo me será posible hacerlo?

—Guarda siempre ese pequeño disco —señaló Zodyk el que llevaba en las manos—. Y él, aunque carezca de fuerza para trasladarte por sí solo de regreso a Zohr, será la forma de establecer contacto magnético a través de la distancia y el regreso de uno y otro será posible.

—Está bien. —Galio agitó el disco con expresión resuelta—. No creo en todo esto, Zodyk, le soy sincero. Pero si voy a morir mañana, ¿qué más da todo? Lo intentaremos. Intentaremos esta locura. Y no tendrá nada de sorprendente que fracase, por supuesto. Pero nada se habrá perdido a fin de cuentas.

—Sí, Galio, tienes razón. —El viejo barbudo se mesó el largo, plateado cabello de su barba, Luego rió largamente—. Nada se habrá perdido. Ni siquiera la vida, muchacho, porque eso… eso es algo que perdiste ya. Vas a jugar sin nada que poner. Y si ganas… todo lo ganarás sin arriesgar. ¿No merece la pena, Galio?

—Sí. Merece la pena. Y que sea lo que Dios quiera, Zodyk.

—Dios quiso que fuera así, Galio. Dios te eligió a ti. Y Él sabrá por qué. Yo nunca he pretendido saber sus designios. Después de todo, sería inútil intentarlo.

Galio examinó de nuevo el disco con expresión impresionada.

No se atrevió a discutir más.

En vez de eso tomó silenciosamente los números y letras que escribiera Zodyk en un fragmento de sus ropas. Lo guardó, tras una mirada rápida. Y, después, la voz del anciano le orientó:

—Gira el disco hasta las cifras que yo te indique. Luego, mantente inmóvil, contempla fijamente la luz que surgirá del centro del disco. Y lo demás… lo demás llegará por sí mismo, Galio.

Fue dándole las cifras. Fue desgranándolas una por una. Y Galio, con dedos tensos, rígida la expresión, erguido en medio de la celda cilíndrica, fue marcando aquellas cifras.

Luego sucedió.

Sucedió lo que tenía que suceder.

* * *

—¿Feliz?

—Enormemente, Pat. —La besó suavemente. Luego sacudió la cabeza—. Y pensar que…

—No, no pienses. —Ella le tapó los labios con los suyos propios. Luego, al apartarse, manifestó cálidamente—: No debes pensar en nada. Absolutamente en nada, amor mío. Hemos sido felices esta noche. Eso es lo que cuenta, Raúl.

—Bailamos, bebimos… —Keller rió amargamente—. Y la policía no me encontró. Los médicos tampoco. ¿Cómo iban a buscarme en los sitios adonde hemos ido, Pat? Ha sido una noche maravillosa y radiante. Pero terminará. Todo termina, Pat. Mira esas estrellas. Cuando llega el día se apaga su fulgor. Amanecerá un día en que una estrella más dejará de titilar allá arriba: la de mi destino.

—Es una bonita imagen para una fea idea —cortó Pat—. Olvida eso. Te curarás. Los médicos lograrán curarte, ya verás. La ciencia ha adelantado mucho, Raúl querido.

—Pero no en mi mal. No tiene remedio.

El turbomóvil se detuvo. Bajaron. La amplia acera les llevó hasta la entrada de la suntuosa vivienda de Patricia Stark. Entraron, subieron a la planta residencial de la casa, por encima de los jardines interiores que formaban una especie de florido patio encristalado, con temperatura y luz artificial.

—No debería alojarme aquí, Pat. Tú eres una chica soltera y

yo… yo…

—Calla, tonto —rió Pat Stark—. No sabes lo que dices. Esto no es un pueblo ni vivimos como en el lugar donde los Keller tenéis la granja. Una chica y un chico pueden respetarse igual si realmente son gente digna y se aman limpiamente. Ése es nuestro caso. Raúl, hasta que nos casemos.

—Pat, sabes que no me casaré contigo. No lo haré jamás. No soy la persona que puede hacer tal cosa. No poseo fortuna, ni medios de vida, ni trabajo, ni condiciones de lucha, ni tiempo para hacerte feliz —concluyó roncamente, parándose en el gabinete—. Será mejor que no hablemos de eso, Pat. Te lo ruego.

—Está bien. No hablaremos de eso. ¿Te retiras ya a descansar?

—Sí. Estoy cansado. —Keller se tocó la parte izquierda de su pecho—. Y mi corazón no es precisamente una gran cosa.

Rieron los dos. A Raúl le parecía increíble tener todavía ánimos para reír. Así eran las cosas ahora. Desde que conoció a Pat, al menos.

El tintineo musical del timbre les sorprendió a los dos. Pat, extrañada, giró la cabeza. La llamada se repitió. Ambos cambiaron una mirada.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Raúl.

—No. Acaso el doctor Hawtorn… Aunque es muy tarde, Raúl.

—Si ha oído el boletín o ha hablado con la policía… no es tarde, Pat.

—Ya sé. Hawtorn, sin embargo, me avisará previamente —suspiró Pat—. Le conozco.

Repitióse el tintineo. Ahora, Pat se encaminó resueltamente a la puerta y la abrió.

—Buenas noches —dijo a los dos personajes con quienes se enfrentó.

—¿Señorita Patricia Stark? —preguntó la mujer.

—Sí. —Pat la miró fijamente—. ¿Qué desean? Creo que no nos conocemos.

—Cierto. Pero, afortunadamente, hemos dado con usted —suspiró ella—. Mi nombre es Ida Keller. Soy la cuñada de Raúl Keller. Éste es mi esposo, Aaron, su hermano. Buscamos a Raúl. ¿Cree que puede ayudarnos a dar con él?

Pat se quedó de una pieza. Tras un momento de duda, comenzó

a volverse. Ya Raúl avanzaba hacia los visitantes, con sus brazos extendidos y una expresión jubilosa, de sorpresa muy grata, reflejada en su faz.

—¡Ida! ¡Aaron! ¡Cielos, esto debe de ser un milagro, un auténtico milagro, para ser cierto!

—¡Raúl!

El grito de Ida y Aaron fue a coro. Luego, un abrazo fundió a los tres familiares estrechamente, bajo la mirada confusa de Pat, que no acababa de explicarse lo ocurrido.

Cuando el abrazo, las risas y las salutaciones balbuceadas se terminaron, Raúl volviese a Pat, le mostró sonriendo a su hermano menor y a su cuñada.

—Te presento a lo mejor de mi familia, Pat —dijo jovialmente —. Aaron es el menor. Aún más joven que yo. Y tan víctima como yo de las tradiciones familiares. Ida es una auténtica mente privilegiada, en especial en sus estudios químicos. También ella sufre las consecuencias de haber emparentado con los Keller. Somos algo así como una familia maldita, ¿verdad, Ida querida?

—Oh, Raúl, no tanto —rió ella. Estrechó la mano de Pat—. Hola, querida. Le agradezco mucho cuanto ha hecho per Raúl. Sin usted, no sé lo que hubiera sido de él…

—Sí, señorita Stark. Quizás a usted le debe el seguir con vida —corroboró ladinamente Aaron—. Las cosas no son tan malas en la granja como Raúl las pinta. Pero tampoco son mucho mejores, ésa es la verdad. Ser un Keller obliga a cosas que están contra el curso natural de los acontecimientos humanos de nuestra época, quiero serle sincero.

—¿Cómo pudisteis dar conmigo? La ciudad es muy grande, y yo no esperaba que precisamente vosotros…

—Vamos, vamos —cortó Aaron riendo—. Ethan puede quedarse indiferente ante lo que te suceda a ti, como es norma en él. Pero Ida y yo… Bueno, somos diferentes, tú lo sabes.

—Sí, muy diferentes —suspiró Raúl, abrazando a ambos—. Por eso os toca pasar lo mismo que a mí. Ethan es el hombre rico, poderoso y absoluto. Vosotros y yo… los que no tienen derecho a nada. Al menos, hasta que muera Ethan. Y bien sabe Dios que lo último que deseo es obtener algo a costa de la muerte de alguien. Esperar eso es bajo, ruin y repugnante, sólo propio de familias

corrompidas.

—Tienes razón, Raúl. —Aaron miró a Ida irónicamente de reojo al decir eso—. Bien, he oído un boletín por la radio. Eso y tu telegrama me ha inquietado. ¿Te sucede algo? ¿Acaso estás enfermo?

—¿Enfermo? —Raúl hubiera querido decir la verdad. Pero captó el gesto angustiado de Pat y no quiso ahondar más en la herida. Se limitó, pues, a expresar escuetamente—: Un poco, sí. Sufro mareos y cosas así. Nada especial. Pero los médicos consideran que debo dejarme tratar, medicarme y todo eso. ¡Yo, que nunca estuve enfermo! Bah, son tonterías, tú lo sabes. Nunca hubo nadie tan sano como yo.

—Claro, hermano —rió Aaron, forzado—. Eso nos tranquiliza mucho, ¿eh, Ida?

—Por supuesto, Aaron querido —asintió ella con un suspiro—. Muchísimo es lo que nos calma saber que todo va bien. Llegamos a temer lo peor.

—Mal hecho. —Raúl sonrió forzadamente—. Nunca me sentí mejor que ahora.

Y quizá no mentía del todo. Había mirado a Pat. Y, en ese sentido, decía la verdad, tal como la sentía. Ahora, al lado de la hermosa muchacha, hasta la muerte era algo lejano, despreciable y estúpido.

Ida apretó los labios, reflexiva. Un centelleo siniestro asomó al fondo de sus pupilas cuando habló lenta, reposada, significativamente:

—Bien, hermano. Creo que eso debemos celebrarlo. Es lo más maravilloso que podíamos esperarnos después del temor de que tu estado ofreciera serios cuidados.

—¡Sí, sí! —Palmeó Aaron—. Señorita Stark, por favor. ¿Podemos ir a alguna parte, donde les obsequiemos con unas copas de licor, con algo que sirva para celebrar esto?

—No, no —rió Pat—. Yo no puedo beber más, se lo aseguro. Ahora volvemos de celebrar nosotros un sinfín de cosas. Entre ellas nuestro encuentro.

—Vaya, vaya… —sorprendido, Aaron abrió mucho sus ojos.

—Sí, Pat tiene razón. —Keller rodeó a la joven con su fuerte brazo. Miró, risueño, a Ida y a Aaron—. Es el más hermoso suceso

de mi vida, hermanos. Lo he celebrado como merecía. Y no me siento capaz ahora, después de tantas emociones, de volver a… a…

—¡Raúl! —gritó Pat, alarmada, volviéndose hacia él. Y una intensa palidez cubrió su faz.

—¡Hermano! —chilló Aaron, dominando su júbilo al ver a Raúl oscilar, mortalmente lívido, oprimiendo su mano crispada sobre su corazón. Le fallaron las piernas y comenzó a caer.

Nadie pudo evitarlo. Se desplomó sobre el pavimento con un golpe seco y quedóse inmóvil. Pat, Aaron, Ida, todos corrieron a rodearle, a atenderle.

Poco después yacía en un lecho, adonde Pat le hizo conducir, entre los recios brazos de Aaron. Llamó al servicio para que les ayudaran y encargó una infusión caliente y un calmante cardíaco.

—No será necesario, querida —sonrió Ida, serenamente—. Yo tengo un medicamento cardíaco muy eficaz. A veces se lo apliqué en la granja y le fue bien. Le daremos una dosis razonable esta vez para sacarle de su colapso actual. Y quiera Dios que todo vaya bien.

Nerviosa, trémula, Pat vaciló. Pero terminó por asentir.

—Está bien —dijo—. Después de todo, usted es su cuñada, y sabrá mejor lo que corresponde hacer en este caso concreto. Hágalo, por favor, Ida.

—Gracias, querida. —Ida Keller palmeó con aparente ternura la mejilla de la joven, y procedió a extraer de su bolso un tubo de plástico opaco. Volvióse a Aaron, parado junto al lecho donde yacía, inerte, inconsciente, su hermano Raúl. Los ojos de la perversa mujer brillaron diabólicamente al hablar, glacial—: Aaron, por favor. Dame un poco de agua en un vaso. Vamos a dar la medicina a Raúl.

Aaron, nervioso, afirmó. Humedecióse el labio inferior y escanció agua en un vaso. Le tendió a su mujer el recipiente mediado de líquido. La mano le temblaba. Se ganó una dura mirada de reproche de su esposa. Ida conservaba la serenidad, el helado gobierno de sus nervios en aquel trance atroz.

Los ojos desorbitados de Aaron vieron saltar sobre la mano de Ida las dos píldoras de coloración naranja. Dos píldoras únicas, que iban a terminar con Raúl definitivamente. Una dosis masiva de la droga hallada por ella, capaz de provocar la paralización cardíaca sin dejar rastros de acción criminal alguna.

El crimen iba a consumarse. Pat, ajena por completo a su inocente, ciega complicidad con los asesinos, ayudó a Ida, alzando la cabeza de Raúl suavemente. Ida esperó a que Aaron abriese la boca del inconsciente. Rápida, echó las píldoras. Y Aaron derramó el agua. Con poca dificultad, dado el reducido volumen de las píldoras, éstas entraron en la boca de Raúl. Pasaron por su garganta. Entraron en su aparato digestivo.

Aaron, muy pálido, retrocedió lentamente. Pat no separaba sus ojos preocupados del rostro de Raúl. Ida tampoco, pero por muy distintas razones. Un rictus sardónico, burlón, dominador, curvó sus labios.

—Ya está —dijo, con siniestro, oscuro significado, que sólo Aaron podía entender.

Sus miradas se cruzaron. Con miedo, con odio, con negra y maligna avidez. Los dos asesinos habían logrado su objeto.

De súbito, Pat lanzó un grito agudo, terrible, lacerante.

—¡Dios mío, no! —chilló, convulsa—. ¡Miren! ¡Raúl… se muere!

Ambos miraron, tensos, al hombre que yacía en el lecho. Una convulsión, una sacudida espasmódica estremeció el cuerpo de Raúl Keller. Luego se quedó rígido, inmóvil. Sin una sola vibración, sin un movimiento. Sin respirar siquiera.

—Creo… creo que ha muerto. Raúl ha muerto —remachó sordamente Aaron Keller con voz insegura.

Pat estalló en un largo y quebrado sollozo. Ida, sibilinamente, rodeó sus hombros, tratando de consolarla. Apenas podía disimular su júbilo ante la figura estirada, de piel mortalmente blanca, de Raúl Keller.

Era evidente que nada podía hacerse ya por él. Como dijeran Pat y Aaron, el joven sentenciado a Morir había llegado a su destino final: estaba muerto.

El veneno de Ida y Aaron había cumplido su siniestra misión.

CAPÍTULO V

CANJE SIDERAL

o estaba en la celda.

Zodyk sonrió. Sus ojos brillaron, con una luz rara e intensa, clavados en el lugar donde antes se hallaba, erguido, Galio, su compañero de prisión.

Un fulgor azul, rápido y cegador, había brotado en el lugar. Al extinguirse sólo había vacío. Zodyk estaba solo en la prisión. Galio había desaparecido.

Y Zodyk sabía dónde estaba ahora.

—Suerte, hijo —habló el anciano. Elevó los ojos al cielo metálico de la celda—. Que Dios vaya contigo desde ahora.

* * *

Galio no había sentido nada. Absolutamente nada.

Y, sin embargo, estaba allí.

Aquello no era ya la celda. Era un lugar desconocido, una sala amplía, oscura, donde solamente brillaba la claridad azulada que brotaba de un gran disco metálico, erguido entre dos columnas de vitrofibra magnética.

Un disco igual al que conservaba él en sus manos. Pero infinitamente mayor, mucho más grande que él mismo. En su centro, otro disco, éste graduado, mostraba infinidad de cifras, bajo una serie de agujas de diversos colores, manejables con resortes de funcionamiento automático.

Allí se habían agrupado sus moléculas, tras el «viaje» a través de los inexpugnables muros de la torre prisión, a través del aire luminoso de Zohr, a través de otros muros, que también salvó su materia diluida en la superonda magnética.

Éste era su destino. Su primera etapa. Luego… el gran salto. El cruce sideral, hacia otros mundos. Si es que eso resultaba tan fácil.

—Dios mío… —susurró Galio, estremecido, oprimiendo el pequeño disco con veneración—. Fue cierto. El viejo Zodyk tuvo razón. El viaje… el viaje molecular era posible. Yo… yo he cruzado muros, espacio, distancia…

Permaneció aturdido, confuso, estremecido de asombro y admiración, sacudido por un ramalazo impresionante de esperanza, de ilusiones que ahora, por primera vez, le parecían accesibles, al alcance de sus manos de mortal privilegiado.

—¿Será posible? —Silabeó lentamente—. ¿Por qué yo, Señor, por qué?

Nadie iba a contestarle. Y quizás el tiempo no sobrara. Cuando la guardia descubriera que en la celda solamente estaba Zodyk, comenzaría la búsqueda. Y él sabía lo que era la guardia del Sistema de Zohr. Siempre hallaban a su hombre, estuviera donde estuviera.

Hubiera querido avisar a Lyra. Pero eso no parecía fácil. O correría un serio riesgo. Era mejor así. Algún día tendría tiempo de explicarle, de contar la mágica y asombrosa circunstancia que había vivido.

Avanzó hacia el disco gigantesco y lo contempló. Impresionaba. Pero, después de todo, era un amigo. Su mejor amigo en aquellos momentos.

Galio examinó los números de sus graduaciones. Extrajo el trozo de tejido de las ropas de Zodyk. Los nombres de los mundos saltaron ante sus ojos. Podía elegir. Elegir cualquiera de aquellos planetas como el punto de destino de sus moléculas. Todos estaban lejos, todos eran muy remotos e ignorados. ¿Qué más daba uno que otro?

Sin saber por qué, dos veces miró el mismo nombre: Tierra.

La Tierra… Leyó las cifras. Cifras de Zohr que no tenían posible traducción al lenguaje terrestre. Pero eso Galio lo ignoraba aún. Ni tenía por qué saberlo.

Empezó a marcar cifras en el disco gigantesco. Las cifras de la Tierra. Luego presionó el resorte de funcionamiento del disco. Era suficiente la misma maniobra que ya realizara antes con el disco pequeño: girar el pequeño círculo central, de donde surgía la luz azul.

Fue como un estallido formidable de luz. El azul llameante, cegador, le envolvió en un mar deslumbrante, profundo, absorbente, en el que se sintió sumergido, lanzado a través de un imaginario túnel de luz. Su cuerpo todo sintió una sublime y portentosa paz, un sosiego, una ausencia total de peso, de forma, de volumen, de materia.

Estaba viajando. Lo sabía.

Viajando por el espacio, por el abismo insondable y desconocido de lo ignoto, de lo eterno, de lo que no tenía principio ni fin. Saltaba sobre la luz y el tiempo, sobre el espacio y la distancia, sobre la materia y la forma…

Hacia la Tierra. El mundo elegido.

Pero Zodyk había hablado de algo más. De otro ser, el más parecido a él, a quien ahora la corriente magnética de absorción a distancia estaría buscando, lanzada de planeta a planeta, para realizar el más fantástico, inverosímil y pasmoso canje en la historia del universo: un hombre de Antares por un hombre del planeta Tierra.

Pero ¿quién sería ese hombre? ¿Quién?

Galio no sabía dar una respuesta a esa pregunta. Pero la respuesta llegaría por sí sola. Y si el hombre no existía nunca podría recuperar su forma en la Tierra.

Pero algo le dijo a Galio que aquel hombre debía de haber sido

localizado ya por las ondas ultramagnéticas, Y arrancado por la fuerza a su propio mundo, sería trasladado a Zohr sin él mismo saber lo que sucedía. Sin él desearlo.

No era justo, se repitió. No era justo… Pero ya era tarde para volver atrás.

El viaje había empezado. Terminaría en la nada… o en el suelo del planeta Tierra.

La puerta de las estrellas se había abierto para Galio, el hombre de Antares.

Y para otro hombre, separado por mil trillones de millas en la inmensidad sin límites del espacio sideral.

* * *

Los dos cuerpos en viaje se cruzaron. Las dos ondas ultramagnéticas, cargadas de moléculas vivientes, en su viaje hasta el final del túnel de «traslado» o teleproyección, vibraron al rozarse.

La materia no se afectó por aquel cruce, por aquel encuentro fugaz, en el espacio, más allá de la zona visible para cualquier ojo humano, en una gama de luz y de velocidad incalculablemente lejanas a la del limitado campo visual del ser humano.

Pero sí los cerebros. Hubo un contacto, un impacto mental poderoso, formidable, entre los dos «viajeros siderales», arrastrados en direcciones inversas, encontrados en una vertiginosa, increíble encrucijada sin caminos ni cruces, en la negrura salpicada de manchas de luz, en un mar de astros, mundos y galaxias.

La mente de Galio captó una imagen mental, una serie de ideas fugaces, asombrosas, emitidas en un lenguaje inexplicable que, por fantástico prodigio mental, su cerebro «traducía», trasladaba a imágenes mentales totalmente comprensibles para él.

No eran exactamente sonidos. Pero era como si llegaran en forma de sonidos a los imaginarios oídos de su mente:

«Raúl Keller… Hermano de Ethan y Aaron Keller… cuñado de Ida Keller… Amo a Pat Stark… Me muero… Estoy muriéndome…».

Eso fue todo. Terminó el contacto en aquel fabuloso cruce. Aun contra su deseo, también Galio emitió ideas propias. Pudo advertir que era como si estuviera hablando a alguien. Alguien a quien no era capaz de ver, pero que «sintió» junto a sí, que le rozó como un

soplo de viento de siglos, llegado de los confines mismos del vacío cósmico.

«Galio… de Zohr, el mundo de luz… Odio a Aura, a Hydro… Pero amo a Lyra, la hermosa que me ha sido fiel… Lucho por la libertad de mi mundo… e iba a morir por ella bajo la luz mortal de los condenados…».

Allí terminó el contacto mutuo. Y los dos viajeros del ultracosmos siguieron su fabulosa travesía entre estrellas, sendas de luz y de sombra trazadas sobre el negro eterno del espacio.

Cada uno hacia un destino diferente al que parecieran tener marcado al nacer. Cada uno hacia otro mundo que no era el suyo.

* * *

Y tras el encuentro sideral de dos cuerpos proyectados hacia distancias infinitas por un fenómeno portentoso que jamás había conocido antes la humanidad en parte alguna de los mundos poblados, la llegada.

La llegada de Galio a su destino.

Y la llegada de Raúl Keller al suyo.

* * *

Penetró en una fría envoltura. En una forma rígida, estirada. Era como saltar en el interior mismo de la muerte.

Cuando el «contacto» tuvo lugar estaba sucediendo algo. Cuando se sintió dentro de «algo» o de «alguien» y tuvo consciencia borrosa de las cosas, una presión le obligó a abrir la boca. Porque ahora volvía a sentirse a sí mismo. Sí. Tenía cabeza, rostro, ojos, boca, cuerpo… Aunque todo estaba rígido, tenso, inerte. Como si en vez de un cuerpo humano fuese un cuerpo artificial, un muñeco, el que le recibiera.

Realmente, mientras la presión en la boca le hacía abrir los labios, engullir algo, algo redondo y resbaladizo, que se deslizó garganta abajo, acompañado de un líquido insípido y frío, supo que no estaba realmente dentro de cuerpo alguno, sino en realidad «materializado» de nuevo en una forma humana, una estructura que

era la suya propia, pero fundida en la de otro ser, su humano «receptor» en aquel planeta.

Galio supo todo eso. Y luego murió.

Tal vez el verbo morir no estuviera adecuado a la situación. Raúl Keller hubiera muerto. Hubiese muerto cualquier otro que hubiese recibido en su cuerpo, en su organismo, una dosis masiva tan terrible del veneno que no dejaba huellas.

En realidad, Galio también murió. Pero, como un enfermo de vulgar catalepsia, era la suya una sencilla «muerte aparente». Tras la rigidez fría que provocó en él aquel impacto del veneno, disuelto rápidamente en su organismo de humana estructura, triunfó su naturaleza extraterrestre.

El organismo, básicamente igual, poseía diferencias notables en sus funciones y en su resistencia respecto al de Raúl Keller, su «doble» terrestre. Diferencias que hubieran bastado a considerar su estómago, su cuerpo todo, como modelado en metal y plástico, aséptico e insensible a ciertas cosas que para cualquier hombre fuesen mortales.

Y el veneno se diluyó, fue absorbido y anulado por sus defensas orgánicas, en activa resistencia al tóxico. Galio, bajo la piel de Raúl Keller, permaneció inmóvil en el lecho. Continuaba siendo un cuerpo rígido y frío.

Pero no era a causa de la muerte, sino de algo más simple: la diferencia climática entre Antares y la Tierra. Galio, sin embargo, supo que habían intentado matarle. No se explicaba cómo, pero así era. Su mente captaba algo, cerca de él. Ondas magnéticas tal vez. No, no era eso. Eran pensamientos. Simplemente eso: pensamientos. Él podía captar los pensamientos en aquel planeta. Su mente no estaba sincronizada con las demás, y poseía esa facultad.

—Hay dos personas que están pensando ahora —se dijo Galio—. Creen haber asesinado a Raúl Keller… Raúl Keller… Oh, ése es ahora mi nombre. Sí, creen haberme matado. Y se sienten felices por ello… ¡Dios mío!… En realidad son… son hermanos de Keller…

Aquello era extraordinario. Una sensación fascinante. Captó retazos de ideas, de pensamientos formados en dos mentes que trabajaban sordamente cerca de él:

«Raúl ya no vive, querida Ida. Has sido muy inteligente. Y muy valerosa. Ahora, todo será nuestro. Cuando Ethan muera, lo mismo

que ha muerto mi hermano Raúl, heredaremos su fortuna».

«La granja será nuestra —respondía la mente de otro ser. Una mujer. Sí, era una mujer, se dijo Galio, inmóvil en el lecho—. Será todo nuestro, Aaron. Eres débil, lo fuiste siempre. Pero tuviste la fortuna de casarte conmigo. Yo soy fuerte. Y lista. Yo te haré rico. Y lo seré yo también, Aaron querido».

Le resultaba nauseabundo. No podía entender aquello. Él no podía conocer un lenguaje en buena lógica. Aquellas ideas no tenían el menor parecido con lo que se hablaba en Zohr. No, no era Zohr. «Antares», tradujo en el acto su mente.

Fantástico. Era fantástico. Su mente resultaba superdotada en la Tierra. Era capaz de ser un poderoso telépata. Era capaz de traducir en el acto el lenguaje más raro al suyo propia.

Captó otra ráfaga mental: otra mujer.

«Mi pobre Raúl… Le amaba. Le amaba como jamás amé antes. Hubiera hecho todo por él. Dios mío, ¿por qué he tenido que perderle ahora que había hallado el verdadero amor de mi vida? Hubiera dado mi vida por él sin vacilar».

Hermosos pensamientos. Eso le reconcilió un poco con aquella especie a la que habíase sentido enviado por el fabuloso descubrimiento de Zodyk, el científico de Antares. No, no eran tan malos como creyera. Al menos, no todos. Hubiera sido horrible otra cosa.

Ellos no debían haber advertido el cambio. El canje fue demasiado sutil, demasiado fugaz para que ningún ojo humano lo descubriera. Cuando las moléculas del auténtico Raúl Keller empezaron a salir proyectadas hacia el espacio, absorbidas por la fidelidad automática, asombrosa, de la banda ultramagnética espacial, al hallar un perfecto doble del ser extraterrestre, llegaron las del extraño. Ambas se fundieron en una fracción de tiempo que estaba muy por encima de la sensibilidad humana.

Así, para los dos canallas que fingían llorar su crimen y para la muchacha que realmente sufría por el final del hombre amado, nada había sucedido. Nada, salvo el hecho de que un hombre llamado Raúl Keller había muerto.

Pero algo, un suceso asombroso, sin precedentes en la historia de los mundos, se había desarrollado allí mismo, en aquel lugar del planeta Tierra.

Y solamente él, Galio, lo sabía.

Por increíble coincidencia, huyendo de la muerte había ido a caer en su oscura sima. Pero, afortunadamente, había una diferencia entre las naturalezas humanas de ambos mundos. Lo que físicamente parecía igual, tenía sus singularidades bien definidas, que lo diferenciaban radicalmente.

A eso debía el seguir con vida. Y, por lógica natural, la idea terrible le asaltó en el acto:

—Dios mío. ¿Qué reacciones tendrá «mi doble» terrestre en Antares? ¿También él será capaz de sobrevivir al destino trágico de Galio? ¿O, por el contrario, mientras yo soy capaz de reaccionar en la Tierra como un superhombre, él será allí un ser inferior, incapaz: de defenderse y luchar contra lo que está dispuesto?

Por el momento, eso no tenía respuesta. Sin embargo, volver a Antares significaba hacer regresar nuevamente a aquel hombre, a Keller. Y eso representaría la muerte inevitable del terrestre.

Y la suya propia, al retornar a su mundo.

—Será mejor continuar esto —murmuró interiormente el ser de otro planeta—. ¿Quién sabe si ambos vamos a lograr algo que, en nuestros propios mundos, seríamos incapaces ni siquiera de soñar? El experimento valdrá la pena.

No se perdía nada. Porque todo estaba perdido de antemano para Keller y para él. Hasta en eso se parecían, pensó amargamente Galio.

Por tanto, continuó fingiéndose muerto. No intentó moverse y no se movió. Contenía la respiración, y el oxígeno terrestre almacenado en sus poderosos pulmones al verificarse el «contacto», bastaba para permitirle vivir. El frío de su piel no desaparecía.

—Hay que informar a Ethan de la desgracia sucedida —dijo la voz del hombre, de Aaron, cerca de donde él yacía—. Le pondré un telegrama, Ida.

—Sí, querido. —Los sollozos, falsos sollozos, cortaban la voz de la malvada mujer—. Hazlo enseguida.

«Ese golpe perjudicará aún más su corazón», añadió la mente perversa de la asesina. Y Galio captó los pensamientos.

Pat Stark, la joven que tanto amaba al supuesto difunto, se inclinaba sobre él. Sintió sus besos húmedos en la mejilla, en la frente tersa. Luego, algo cálido goteó sobre su faz. Lágrimas.

—Mi querido Raúl… —sollozaba la joven—. Poco has vivido. Poco, amor mío…

—Vamos, querida —dijo Ida—. Será mejor que se serene… Ya nada puede hacerse por él, desgraciadamente.

Apartaron a la muchacha. Notó que se apartaban, el llanto se alejó. Cerróse una puerta. Le habían dejado solo.

Entonces Galio resolvió «resucitar».

Y abrió los ojos.

* * *

La puerta de las estrellas había quedado atrás.

Raúl Keller no podía saber por qué. Ni siquiera sabía lo que estaba sucediendo. Acaso eso era la muerte. Y la sensación volátil, ligera, etérea, una lógica consecuencia del final.

Volaba, atravesaba algo. El espacio. Iba quizás hacia las regiones del espíritu, desligado de la materia.

Pero resultaba extraño que esas sensaciones fueran tan vivas. Le parecía tener aún su cuerpo, su envoltura, su ser normal. Bueno, a veces sucedía eso. Un mutilado cree sentir durante bastante tiempo la presencia de su miembro cortado. Quizá también la muerte era así. Uno creía seguir gozando de la vida.

No, no era eso. No sabía por qué lo pensaba, pero estaba seguro de que atinaba. No era eso. Él habíase cruzado con alguien. Había captado pensamientos, fragmentos singulares de una mente que pensaba en un lenguaje ignorado por completo.

Entonces, ¿por qué su mente tradujo algo?

«Antares… Galio… Lyra, Hydro, Aura…».

Nadie podía vivir en Antares. Raúl no era un experto en astronomía. Pero hasta los niños sabían que Antares era un sol rojo, un gigante de luz en el espacio, a ciento setenta años luz de la Tierra, en Escorpión, con un diámetro que era de 390 veces el solar, aunque la densidad fuese un millón de veces menor, a causa de la composición ligera de sus gases. La temperatura de Antares se calculaba en unos 5500 grados Fahrenheit por término medio, lo cual era un calor capaz de impedir toda vida orgánica. Su análisis espectral denotaba la presencia de óxido de titanium, y su luz violeta resultaba débil en el espectro. La magnitud absoluta de

estrella era de 2.4, en relación a su brillo, con una densidad de aire de 1/2000.

¿Quién podía vivir en un sol ardiente, de temperaturas fabulosamente elevadas, como en el propio sol del sistema en el que la Tierra se hallaba incluida?

Y, sin embargo, la idea era clara, concreta: Antares. Un ser de Antares, un mundo llamado Zohr por sus habitantes, había ido a la Tierra. Se cruzó con él en un punto cero del espacio. Y las ideas de aquel ser, llamado Galio, físicamente igual a él, hablaban de una mujer hermosa y leal llamada Lyra, de un par de traidores llamados Hydro y Aura, de un sistema, el gobierno en Zohr, cruel e injusto, de una rebeldía castigada con la muerte en una cámara de luz helada, capaz de destruir la estructura atómica del condenado.

Ahí terminaba todo. Ahí y en un personaje: Zodyk. Y en un lugar: la prisión.

Era asombroso. Él, Raúl Keller, tenía que estar muerto ahora. Sin embargo, iba hacia un mundo, penetraba ahora en él. Una sensación de calor asfixiante le rozó, apenas una décima de segundo, quizá mucho, muchísimo menos, en una medida de tiempo infinitamente pequeña.

Luego, nada. Calor, simplemente calor. Pero un calor que su piel, más dura que la de los habitantes de Zohr, no sentía apenas más que como un roce. Era un extraño calor aquél. O una rara reacción la de su cuerpo, que emitía autodefensas para mantener aquella temperatura distante de su epidermis, aislada ésta como por un sutil velo de frío protector.

Abrió los ojos.

Estaba vivo todavía. Vivo y erguido frente a algo azul, que brillaba con tal fuerza que le hizo parpadear. Luego adaptó sus ojos a aquella luz. Casi la perforó, para encontrarse con la forma de un gigantesco disco en pie, entre dos columnas magnéticas, de materia vidriosa.

Se encontró vestido con extrañas ropas. Y pensando en un singular idioma, que se sentía capaz de hablar. Lo intentó. Y las palabras singulares salieron de sus labios, resultándole perfectamente comprensibles, como algo familiar:

—¿Dónde diablos estoy ahora? ¿Qué lugar puede ser éste al que he sido arrastrado? Yo no estoy muerto. Vivo aún. Respiro, aunque

con presión. Me muevo, aunque algo pesadamente, como si mi cuerpo pesara más que antes. Cielos, ¿adónde he ido a parar? ¿Qué significa esto, si no es la muerte, el salto a la eternidad?

El disco gigantesco no le contestó. Pero Raúl Keller estuvo seguro, bien seguro, de que aquel disco era la clave de todo, el punto por el que su ser penetró allí, en aquel mundo ignorado y asombroso en que se hallaba.

—Pat… Aaron o Ida… —musitó—. Todos se quedaron allá. Dios mío, quizá para siempre.

Miró alrededor suyo. Se movió hacia la salida de aquella cámara en penumbra, de muros metálicos, azulados, extraños, y pavimento negro, espejeante. Sus ropas eran extrañas, áureas y con unas cifras raras, que él leyó, sin embargo:

«Recluso de muerte. Número 892 — 37».

«Sentenciado a morir», había pensado el ser que se cruzó con él en el cosmos. «Sentenciado…».

—Dios mío, ¿será posible que haya ocurrido esto? —susurró Keller—. «Alguien» de otro planeta, no sé aún en qué forma, se trocó por mí. Pero él, para salvarse de morir aquí, fue a morir en mi puesto. Y yo vengo al suyo, a morir en su mundo. ¡Es una terrible ironía!

Raúl Keller se detuvo ante un muro. Automáticamente sucedió algo en éste. Con un leve zumbido, se abrió lentamente una hoja circular. Un túnel metálico, de fluorescencia nacarada, se ofreció ante él, silencioso y de suelo deslizante. Entró y dejóse llevar por él.

El arrastre duró segundos. Luego, otra puerta se abrió. Suavemente, fue depositado en el exterior.

Por vez primera, Keller vio el cielo sobre su cabeza en aquel fantástico lugar a que había sido trasladado misteriosamente. Lanzó una exclamación de asombro.

Miles, millones y millones de luces, formaban un halo resplandeciente, irisado, radiante, sobre el planeta o mundo en que estaba. El firmamento entero parecía arder, con fuego fabuloso, sobre aquel planeta.

Entendió algo. El secreto de muchos soles, que no eran tales. Antares, si aquél era el lugar en que se hallaba, poseía una atmósfera cálida, pero respirable. Y allá lejos, a miles de millas sobre el planeta, quizás a millones, un cerco, una envoltura

ionosférica de luz candente, daba el brillo al astro y hacía creer que los soles eran masas incandescentes cuando, en realidad, sólo su envoltura celeste lo era. Al menos, tal era el caso de Antares, en Escorpión.

Un enigma ancestral revelado de súbito. Y él… ¡él!… era el único ser humano que vivía el prodigio, que conocía un mundo nuevo y estremecedor, a trillones de millas del Sistema Solar.

—¿Por qué? —se preguntó, jadeante, erguido en las silenciosas calles iluminadas naturalmente día y noche, sin luz artificial alguna —. ¿Por qué?

Extendió los brazos a aquel cielo alucinante. Rezó. Rezó, pasmado y anonadado ante la nueva muestra de la grandeza de la Creación.

—Quizá… —musitó—. Quizás estoy más cerca de Dios de lo que ser humano vivo estará jamás.

Luego se movió calle adelante, bajo los raudales de luz, entre altas torres silentes, muros herméticos, calzadas metálicas, desiertas, aceras cristalinas, centelleantes y desoladas.

De súbito, ante él emergió «aquello».

Era un enorme y gigantesco óvalo color cobre que se movía sobre cintas rodantes. Un vehículo, una nave de tierra o algo así. Del óvalo, parado ante Keller, brotó un chorro de luz violeta. Raúl Keller sintióse ligeramente paralizado, inmóvil en el lugar que pisaba.

—¡No irás muy lejos, Galio! —ordenó una voz metálica, tras el chorro de luz que le bañaba—. Hemos vuelto a cogerte. Si te resistes a las patrullas del sistema serás ejecutado aquí mismo. Aunque difícilmente podrás resistirte tal como estás.

Podía moverse, lo advertía. Pero dificultosamente. Sin embargo, sus captores parecían estar seguros de que su inmovilidad era absoluta.

Algo en su naturaleza se resistía a aquella paralización. El falso Galio fingió seguir inutilizado. No sabía por qué, pero su mente le decía que iba a existir la oportunidad de hacer algo mejor que luchar ahora. Y quizá más beneficioso para él, para el hombre a quien suplía… y para el propio Zohr. Sorprendido, advirtió que entendía por Zohr el nombre de Antares.

El óvalo extendió una cinta metálica, magnética, que le rodeó,

ligándole. Luego le introdujo en el interior de la nave ovoide, que de nuevo rodó lenta, silenciosamente, por las calles desiertas de aquella extraña ciudad planetaria.

Keller no vio a nadie. Todo era automático sin duda, controlado a distancia. El mecanismo electrónico le condujo, dentro de una celda circular, hasta un lugar donde el ovoide móvil se detuvo. De nuevo las cintas magnéticas le depositaron fuera. Una banda movible lo arrastró. Seguía con la parálisis, de la cual hubiera podido salir, de haberlo deseado.

De repente se abrió una compuerta, la cinta móvil le introdujo en algún lugar…

Una celda.

Una celda cilíndrica, en la que se incorporó, algo aturdido, mirando en torno. Alguien rió cerca de él.

—Te dejaste coger, ¿verdad? —dijo la voz en el singular idioma de aquel mundo—. Era de prever, hombre de la Tierra. Pero Galio está a salvo… mientras que tú serás ejecutado mañana en la cámara de luz mortal.

Keller se volvió al ser que hablara. Le miró perplejo, en tanto el otro reía:

—Soy Zodyk —dijo, frotándose su densa barba plateada—. El responsable de que estés ahora en esta situación, terrestre.

Y volvió a reír, como si le divirtiera mucho la situación.

CAPÍTULO VI

¡FRENTE AL ENEMIGO!



res Zodyk…

—¿Has oído mi nombre antes de ahora, hombre de la Tierra?

—Sí, sí… Lo oí en el espacio, viniendo hacia acá.

Era asombroso, pero podía hablar. Hablaba aquella lengua extraña con suma facilidad. Se expresaba con claridad, con la misma voz de Galio. Zodyk parpadeó al escucharle. Parecía realmente confuso ante su extraña capacidad.

—El teletransportador molecular llega mucho más lejos de los que yo mismo había previsto —declaró el anciano tras un silencio—. No podía esperar tanto, hombre de la Tierra. Ha habido un canje, un cambio de seres idénticos. Pero nunca creí que fuerais tan iguales, ni que el uno pudiera actuar en el lugar del otro tan perfectamente.

—Creo entender lo que ha sucedido, pero no me preguntes cómo

lo supe —suspiró Raúl Keller, paseando lentamente por la celda circular—. Es algo que llevo aquí dentro, sin saber en qué forma llegó.

Se tocaba la frente, las sienes, dando a entender que su mente lo sabía todo, como por artes mágicas, inexplicables de todo punto.

—Creo que comprendo algo, terrestre —habló Zodyk, reflexionando—. La potencia misma de las ondas magnéticas que os trasladaron a uno y otro, en proyección remota, es tal que actúa sobre vuestro cerebro. Y en los escasos momentos que dura el «canje», la situación mutua de los dos «seleccionados», esa fuerza magnética de inmensa actividad provoca una especie de circuito mental entre ambos seres… y os inculca, como si fuerais sometidos a una máquina telépata, las ideas del uno en el cerebro del otro. Sabéis quiénes sois. Pero sabéis también quiénes fingís ser, dónde estáis y lo que sucede allí. Por ende, también, comprendéis, habláis la lengua del otro. En suma, es un «canje» perfecto. Es… es como abrir la puerta de una región prodigiosa a las especies vivas e inteligentes del universo.

—Una puerta en las estrellas —sonrió lentamente Keller, asintiendo—. Sí. Es increíble, inaudito. Pero maravilloso, Zodyk.

—Me pregunto si no habré ido demasiado lejos —murmuró el anciano—. El experimento es demasiado terrible, demasiado amplio. Quizá como una rebelión contra las leyes de la creación, como un desafío al poder de Dios.

—No, Zodyk. Yo no pienso así. De no poseer tú la inspiración misma del Creador, jamás hubieras alcanzado eso. Aparte de tu hallazgo, Él dio el toque del prodigio. Así, una simple acción técnica, un alarde científico, parece cobrar visos de auténtico milagro. Dios está en todos y en todas las cosas, Zodyk. Y si Dios hizo esto posible, si llegó a ser algo más que una utopía, es porque Su designio es éste.

Zodyk le miró en silencio. Parecía impresionado por sus palabras.

—Gracias, extranjero —suspiró—. Me devuelves la serenidad de espíritu suficiente para ir a morir mañana con la cabeza erguida, feliz y confiado en lo que habrá de venir, después del momento supremo.

—A morir… —Keller suspiró, inclinando la cabeza—. No me es

extraña esa palabra, Zodyk. Yo había de morir, allá en mi mundo. Virtualmente, era ya cadáver cuando esto sucedió.

—Dios mío. Esperemos que Galio sepa sobrevivir. Quizá la diferente naturaleza haga el prodigio. Yo…, yo he estudiado tu raza a través de mi invento. Pensé que tú… podrías sobrevivir en Zohr, ocupando el lugar de Galio. Tú, o cualquiera de tu humana especie, ya que tenéis distinta estructura orgánica, a pesar de ser humanos también.

—Sí, eso he creído leer en ti, Zodyk.

—¿Lees el pensamiento? ¿Mi pensamiento? —se sorprendió Zodyk.

—Lo leo. Tu mente es clara para mí. Tus ojos parecen decírmelo todo.

—Cielos, si Galio hace igual en la Tierra, se habrá demostrado que especies distintas pueden ser superiores, trasladadas a otro medio ambiente, a otra existencia racional.

—Es posible que sí, Zodyk. Después de todo, es mucho lo que ignoramos. Incluso vosotros, esta raza portentosa de Antares.

—¿Antares?

—Es nuestro nombre, aplicado a esto mundo vuestro —sonrió Keller, bajo su envoltura de Galio—. Todo es maravilloso en el universo, Zodyk. Hombres iguales, razas idénticas, separadas por trillones y trillones de millas. Algo que supera todo lo imaginado, Zodyk.

Creo que moriré feliz. Muy feliz, de sentirme un poco parte en el hallazgo de ese cosmos maravilloso.

—No —negó el anciano—. Eso nadie puede evitarlo. Ni siquiera tú. Tampoco puedes salir de aquí ahora. Esto es inexpugnable, teniendo Galio, allá en la Tierra, el disco que puede servirle para el retorno, para el teletransporte de regreso a Antares. Y por tanto, como yo, has de esperar la ejecución de mañana. Y confiar. Confiar en que, al contrario que yo, tú sepas resistir la luz mortal… y seguir viviendo.

—Seguir viviendo… —Lentamente, Keller se encaminó a su litera en la celda. Se tendió sobre la plataforma roja, esponjosa, sostenida por columnas invisibles magnéticas—. He ahí algo que deseé con todas mis fuerzas en la Tierra. Seguir viviendo… Y, sin embargo, lejos de Pat, eso apenas significa ahora nada.

* * *

Zodyk murió pronto.

La luz mortal era piadosa, al menos. Raúl Keller cerró los ojos, al advertir, con impotencia furiosa, que la roja luz indicadora de vida, situada en un tablero a la puerta de la fatídica cámara de luz mortal, parpadeaba y se extinguía inmediatamente.

El viejo, inteligente y noble Zodyk había dejado de existir. Ahora era su turno. Todo el planeta esperaba ese momento. Las emisoras de televisión de Antares esperaban el momento para emitir la noticia a todo el planeta astral. El rebelde iba a morir. El Sistema estaría, una vez más, completamente a salvo.

—Galio, la cámara de luz mortal espera —dijo una voz metálica, por un megáfono—. Prepárate a morir dignamente, rebelde.

Raúl Keller se irguió. No temía a nada. Ni a la muerte, porque casi le era algo familiar, una lúgubre sombra que le seguía dondequiera que iba, incluso más allá del mundo y de la vida humana.

—Si las cosas no resultan como Zodyk esperaba —susurró para sí—, que Dios se apiade de mi alma.

Avanzó. Erguido, resuelto. Cámaras invisibles captaban las imágenes para emitirlas luego por las pantallas de gas vítreo de Antares. El Sistema quería herir a sus enemigos, ahondar bien en su herida, mostrándoles los últimos momentos del sentenciado.

—Galio, si resistieras a la luz mortal en tu exposición a sus efectos, de acuerdo con la ley mundial de Zohr, serías indultado y libertado. Pero abandona toda esperanza. Ningún mortal logró eso jamás.

Keller sonrió. La ley provocaría un auténtico caos, si él sobrevivía. Galio en libertad, como símbolo indestructible de la rebeldía, sería el golpe de gracia a los tiranos de Antares. Pero ellos se sentían bien tranquilos. Aquello era simple ritual. Nadie, en Zohr, sobrevivía jamás a la luz mortal, ni siquiera a un par de segundos de exposición. Y él permanecería dos minutos bajo los rayos de muerte de aquel mundo remoto.

Abrióse una puerta oblonga en el muro. Zodyk no había salido ya por ella. Su cadáver iría quizá en otra dirección.

Enfrentóse a una cámara en sombras, de un raro tono violáceo,

con estrías verdosas. Pisó el umbral, sereno y resuelto. Luego, entró con dos zancadas rápidas, precisas, y exclamó serenamente, en voz alta:

—Por la libertad de todos los mundos inteligentes.

La puerta se cerró. El supuesto Galio estaba dentro. Raúl Keller había recorrido ciento setenta años luz por el espacio para terminar igual que en la Tierra: enfrentándose a la muerte, idéntica y terriblemente aniquiladora en cualquier lugar del Cosmos adonde se pudiera ir.

Luego, el sistema automático funcionó. Se encendió la luz roja. La luz de la vida de Galio. —Raúl Keller— brilló en el tablero indicador. Dentro de la cámara, algo zumbó tenuemente.

Y la luz mortal cayó a raudales sobre la erguida, tranquila figura del condenado.

Todo había terminado.

La luz mortal había brillado durante dos minutos interminables.

Era un raudal extraño, gélido, enervante. Caía verticalmente de un proyector en el techo. Tenía un color blancoazulado, casi de plata con hebras de hielo incorpóreo.

Y como agujas de hielo hería, perforaba la piel, los ojos, el cráneo mismo, hasta aguijonear cruelmente el cerebro.

Raúl Keller imaginó que no lo soportaría. No parecía realmente posible tolerar aquellas sensaciones perforantes, barrenadoras. Aquel frío atroz, en que la luz parecía envolverle como en un sudario alucinante.

Se sintió acorchado, insensible a todo. La luz seguía cayendo, cayendo, cegándole, aturdiéndole.

Eso fue durante el primer minuto largo, interminable. Fuera, en el cuadro magnético, la luz roja parpadeaba, intermitente, débil. Para sus verdugos, Galio resistía. Resistía inexplicablemente.

Al margen de toda ley, entonces, alguien ordenó, en un lugar de Zohr.

—¡Dad la máxima potencia a la luz! ¡Prolongad lo más posible este minuto!

Pero los técnicos en ejecuciones sabían que la televisión mostraba a las gentes el proceso de aquella sentencia y era imposible hacer fraudes, salvo en lo de oprimir a fondo el interruptor de luz mortal.

La vileza se hizo. Pero la figura de Keller continuaba rígida, acorchada bajo el raudal de luz fría, que le envolvía en algo parecido a un halo fantástico, pero terriblemente incisivo.

Pasó el segundo minuto. Y terminó la ejecución legalmente.

La luz roja parpadeaba ahora con mayor fuerza. Se apagó un instante. Alguien, en la presidencia de Zohr, respiró con alivio, ante la pantalla de gas vítreo.

—¡Muerto! —jadeó—. ¡Por fin!…

Luego la luz volvió a parpadear. Y se quedó encendida. Brillando, como una llama perenne y rebelde.

—¡No! —Silabeó aquel mismo ser—. ¡ESO NO! ¡No puede vivir aún! ¡Matadlo, matadlo como sea!

—Imposible, señor —respondió una voz magnética por los audífonos—. Galio ha ganado su perdón y su libertad legales, según la gran ley que nadie puede quebrar. El consejo, reunido especialmente mientras duran las ejecuciones, ha dictado ya el fallo, a la vista de lo sucedido. Los médicos entraran a atender ahora al condenado. Si sobrevive, está indultado. Y es un ciudadano libre…

Espumeantes de ira sus labios, el hombre se inclinó sobre su mesa, rabioso. Martilleó con sus manos la pantalla vítrea del muro. La gran imagen televisada del cuadro de controles magnéticos, con la obsesiva luz roja parpadeando, se apagó, al quebrarse la pantalla con un crujido violento.

—¡Debe morir! —aulló el rector del Sistema de Zohr—. ¡Debe morir! ¡Sea como sea!

Luego, lívido y furibundo, se revolvió, pulsó un resorte y pidió por un micrófono:

—Quiero ver a Lyra y a Hydro. ¡En seguida!

Cerró, con una expresión torva en su faz. Todavía le parecía imposible. Total, absolutamente imposible. Galio tenía que haber muerto. E, inexplicablemente, Galio vivía. Galio volvía a ser un peligro para Zohr y su Sistema.

—Pero ella… ella es hermosa. Y Galio confía en su lealtad… —susurró el maligno personaje—. Galio no puede sobrevivir… o todos peligraríamos.

* * *

Eso sucedía en Antares.

Keller, supliendo a Galio, el viajero voluntario de los abismos siderales, había ganado su primera batalla. Pero el enemigo estaba ante él. Acechando en la sombra, esperando su momento.

Salvó la luz mortal. ¿Salvaría la mortífera traición de una mujer hermosa, de la que el auténtico Galio nada sospechó jamás?

Pero eso era en Antares. Y, en la Tierra, el auténtico Galio nada sabía de todo ello. Galio, identificado con los problemas íntimos y humanos de Raúl Keller, como Keller lo estaba con los suyos, se enfrentaba también a su enemigo mortal: la maldad humana, el crimen, la falsedad, la hipócrita negrura de dos almas que parecían hermanas de la suya.

Cuando se quedó solo en la estancia, Galio se incorporó. Contemplóse estupefacto, en una superficie pulimentada, tersa. «Un espejo», le dijo su mente, porque, en términos similares, también había en Zohr superficies donde mirarse, aunque de estructura y materia muy distintas.

Era él. Seguía siendo Galio. O quizá era porque Keller era increíblemente igual a él, como una gota de agua a otra.

Sólo las ropas eran distintas. Ropas de la Tierra. Sonrió, al pensar que Keller vestiría la dorada túnica de los condenados a muerte. Esperaba que Zodyk hubiera tenido razón en eso. Esperaba que el falso Galio sobreviviera.

Pero, ahora, él nada podía hacer por Keller en Antares. Y sí por «Keller» en la Tierra. Estaba seguro de que Keller defendería igualmente la suerte de «Galio», allá en su mundo.

«Esos dos buitres… —pensó—. Aaron y la dulce Ida… Dos hermanitos nobles y cariñosos… ¡Qué gran tonto debe de ser Keller, para dejarse engañar y envenenar por esos canallas!».

Pensó dulcemente en Pat Stark. Ella no era nadie para Raúl Keller. Y, sin embargo, daría su vida por la de él. Eso le hizo recordar a alguien: Lyra. Su amada Lyra…

Frunció el ceño. Era curioso. Pero otra mujer se cruzaba en su mente: Aura. Se irritó consigo mismo. Aura no merecía esa fidelidad por su parte. Aura era la traidora, la que le engañó y le vendió al Sistema, de acuerdo con Hydro, el rufián. Lyra era la que se mantuvo fiel hasta el fin.

Así eran las cosas. «Galio no se equivocaba, se dijo. Él no era un

tonto como Keller… Jamás hubieran podido engañarle».

—Ahora olvidemos eso —habló en voz alta, frente al espejo. Se sorprendió de lo bien que hablaba el lenguaje de la Tierra, de cómo dominaba aquel idioma extraño, y de lo distinta que le sonaba su voz. Sonrió, al añadir—: Diablo, creo que podré engañar a todo el mundo cuando hable. Soy un perfecto «Raúl Keller»…

Se alisó el cabello. Movióse por la estancia, reflexionando sobre su plan de batalla. Iba a enfrentarse al enemigo. Y tenía que hacerlo duramente. Obligaría a aquellos monstruos a confesar su vileza. Si alguna vez volvía Keller a la Tierra, no quería que pudieran engañarle y destruirle como lo habían intentado anteriormente, fiándose en su buena fe y en el parentesco fraterno, que hacía más repugnante e incalificable la maldad de los asesinos.

—Vamos, querida, vamos —decía la voz de Ida, al otro lado de la puerta—. Debe serenarse. El doctor examinará a Raúl ahora, pero es mejor que usted permanezca fuera de la estancia o…

—No, no —alegaba Pat desesperadamente—. Quiero estar ahí, contemplarle…

—Será mejor que la dejen entrar —suspiró la voz de Hawtorn, el médico—. Vamos, Pat. Y tenga valor, muchacha.

Galio descubrió así su nueva facultad en la Tierra. Podía captar sonidos nítidamente a través de la puerta, de los muros, de todo cuerpo sólido. Era como un superdesarrollo auditivo, una extrema sensibilidad de sus oídos en relación con los de los hombres de la Tierra.

La puerta se abrió. Entraron primero Hawtorn e Ida. Luego, Aaron y Pat. Se quedaron todos en el umbral, mirando a Raúl Keller; que les sonreía, erguido.

—Hola —saludó fríamente Galio—. Todavía no he muerto, amigos.

Un agudo grito brotó de los labios de Ida. También Pat gritó, pero ronca, contenidamente, rasgando un sollozo. Aaron jadeó:

—¡No…, no es posible! ¡Estaba frío, yerto!…

Entonces lanzó la bomba Raúl Keller. Señaló a Ida, a Aaron. Y habló glacialmente:

—Eso esperabais vosotros, ¿verdad? Verme muerto, como estáis esperando ver morir al hermano Ethan… para ser dueños de todo.

—¡Raúl! —aulló Ida, mortalmente pálida—. ¿Qué dices?

—Lo sé todo, Ida. El veneno… lento y seguro. Doctor Hawtorn, tome las píldoras que lleva en un tubo mi querida hermana política. Ésa será la prueba definitiva.

El médico, perplejo, vaciló. Ida y Aaron tenían la faz del color del papel y temblaban violentamente. Pat, tras su gesto de asombro, escuchando a Raúl, miró a ambos. Leyó la culpa en sus ojos.

—Entonces, ese afán de ver a su hermano…, de darle algo de beber… —susurró Pat, horrorizada—. ¡Todo era un complot criminal! ¡Dios mío, una pareja de Caínes sin conciencia!

Hawtorn se decidió. Tendió su mano hacia Ida, serenamente:

—Señora, deme ese tubo que menciona el señor Raúl Keller.

—¡Él miente! —chilló Ida—. ¡No puede hacerle caso!

—Me limito a recoger una gravísima denuncia. Si no tiene nada que temer, naturalmente, será él quien pague las consecuencias de esa denuncia, señora. Por favor, deme el tubo. Iremos todos a la policía ahora, y…

El doctor Hawtorn dejó de hablar súbitamente. Aaron, por la espalda, había actuado rápidamente, asestándole un golpe brutal en la nuca, con una estatuilla de bronce.

Pat trató de apartarse de los asesinos, de correr hacia Keller. Pero Ida, rápidamente, la aferró por las muñecas, sujetándola con terrible fuerza, dominadora, gracias a su poderosa naturaleza de campesina.

—¡Usted quieta aquí, jovencita! —Silabeó, furiosa.

—¡Canallas! —jadeó «Keller». Y se movió, para arrebatarles a la joven.

—Inténtalo, hermanito, y le aplasto el cráneo —amenazó duramente Aaron, alzando la estatuilla sobre la cabeza de Pat, encogida y trémula—. Te quedarás sin tu enamorada amiguita de un solo golpe. No estará muy guapa con la cabeza rota.

—¿Esperas lograr algo así, Aaron? —habló «Keller» fríamente, sin moverse, sin poner en peligro la vida de Pat Stark.

—Espero poner tierra de por medio, Raúl. Eres muy vivo Más de lo que creía. ¿Has descubierto realmente eso… o es simple deducción?

—Eso no te importa. Lo sé. Ida y tú iréis a prisión, O seréis ejecutados.

—Pero tú nunca verás eso, hermanito —se burló Ida—. Además,

muerto ese viejo médico, muerta la chica y muerto tú… ¿quién va a relacionarnos contigo?

—Yo aún vivo.

—No sé cómo ha sido, pero en tu cuerpo tienes veneno para matar a un elefante. No vivirás más de unos minutos, Raúl. Ya hubieras muerto aun sin las últimas píldoras. No tuvimos paciencia, eso fue todo.

—Ni la tendremos ahora, si intentas algo —avisó Aaron—. Ella morirá en cuanto te muevas. De modo que ya sabes lo que te conviene, Raúl. No te muevas de aquí, no avises a la policía. Nos llevamos a la chica. Ella responde con su vida. En cuanto un policía nos persiga, en cuanto te veamos a ti o a cualquier otro, aproximarse a donde estemos… Pat Stark será una bella muchacha con la cabeza aplastada. Eso no te gustará, ¿verdad?

Galio no respondió. Miraba fijamente a Pat, y ella a él. Parecía esperar su respuesta. Galio no amaba a aquella muchacha. Pero supo que Keller la amaba. Y que hubiera dado la vida por ella.

—Está bien —dijo glacialmente—. Marchaos con ella. Pero esto no puede durar indefinidamente, Aaron.

—Claro que no —rió el hermano de Raúl—. Solamente mientras encontremos un medio mejor de ponemos a salvo. Pero debe bastarte a ti, hermanito, recuérdalo bien.

Empezaron a retroceder, con Pat entre sus manos, amenazada por la presencia ominosa de la pesada estatuilla en manos de Aaron. Galio supo que no vacilarían en utilizarla, que matarían a Pat sin compasión. Eran como dos fieras, dos alimañas malignas dispuestas a todo por salvar el pellejo.

Galio se mantuvo inmóvil, inexpresivo, tenso. Observaba el temor de Pat, su angustia, captaba la luz implorante de su mirada.

—No te importe, Raúl querido —dijo roncamente—. No temas por mí. Lo importante es que tú te cuides. Ve a los médicos, hasta curar…

—Será inútil —rió Ida—. Nadie le curará. Es muy fuerte por lo que veo, pero no puede resistir mucho más. Morirá, pequeña. Morirá, haga lo que haga…

Se cerró la puerta. Mentalmente, Galio les «vio» dirigirse hacia la salida de la casa. Pudo haber intentado algo. Pero no era prudente, con aquella amenaza de muerte pendiente sobre la cabeza

de la muchacha.

Era preferible esperar. Esperar, meditar… Ver la forma de atacar a los dos asesinos y a la muchacha, antes de que ésta fuera víctima de su ruindad.

Quizá Raúl Keller hubiera tenido pocas probabilidades de triunfo en su caso. Pero él no era Keller, sino Galio, de Antares.

Y ésa era una notable diferencia con la que Ida y Aaron no contaban.

CAPÍTULO VII

LOS TRAIDORES



ibre Libre y a salvo.

«La Ley de Zohr te concede el indulto y la libertad, Galio —le había recitado severamente el Juez Uno del Gran Tribunal de Antares—. Por tanto, eres de nuevo un ciudadano que nada ha de temer. Vuelves a la vida, tras la sorprendente hazaña de haber resistido la descarga de la luz mortal durante dos minutos, como prescribe nuestro código».

Aquello había bastado. La guardia uniformada de gris de la fortaleza, las patrullas blindadas de acción mecánica en las calles de la singular ciudad, capital federal del planeta Zohr, todos, en absoluto, dejaron pasar a Galio sin importunarle. Galio volvía a la vida.

Y Raúl Keller, dentro de la apariencia de Galio, se preguntaba cómo era posible aquello. No sólo que hubiera resistido la luz

mortal, debido a que su naturaleza de terrestre fuese, en cierto punto, superior a la de los seres de Zohr, sino porque ahora, en el nuevo planeta rodeado de luz, su dolencia parecía no existir, su organismo se ofrecía limpio, su corazón funcionaba perfectamente. ¿Acaso lo debía a la propia luz mortal? El instrumento de muerte de Antares ¿habría dado la vida real, completa, definitiva, a un terrestre sentenciado a morir por una extraña enfermedad?

«Sí, es posible…» —se dijo, deteniéndose a respirar el aire luminescente, ligero, del astro Antares, en Escorpión, el aire de aquel mundo en el que se hallaba ahora, como un ser nativo, como el auténtico Galio que ahora estaría muerto, de no haber existido aquel asombroso trueque, aquel canje increíble, a través del espacio, del tiempo y de la distancia.

—Es posible que ésa sea la razón —murmuró, reflexionando—. Lo que para Raúl Keller era la muerte, en Antares es la vida. Y lo que para Galio era la muerte, en la Tierra seguramente también signifique vida. Dios quiera que sea así. No me gustaría que a Galio le sucediera nada. Casi…, casi es un amigo. Un desconocido y entrañable amigo…

Caminó sin rumbo fijo. Edificios prismáticos, de fantástico color y materias jamás vistas antes, quedaban atrás, entre la bruma luminiscente de la atmósfera de Antares, bajo el firmamento cuajado de astros, luces, manchas de polvo cósmico centelleante.

Cruzó un puente increíble, un arco audaz, rectilíneo, sobre una curva ingente, a grandísima altura. Uno no podía caer de aquel puente, a pesar de que carecía de barandillas, Una fuerza magnética retenía a las personas pegadas a aquel suelo vítreo, irisado. Y allá abajo, campos extraños, de difusa hierba rosada, de tallos grises o azules, de increíbles flores sin color, pero rezumando vapor aromático, azulado, tenue, como una niebla olorosa en torno al puente.

Antares era un hermoso mundo. Las cúpulas agudas, vítreas, se alzaban al cielo radiante. Todo tenía el matiz abstracto de un cuadro imposible. Y, sin embargo, aquella belleza natural estaba dominada por la fuerza. Como pudiera haber ocurrido en el viejo mundo terrestre. Un poder violento, duro, tiránico. Un Sistema contra el que Galio y otros muchos se habían rebelado.

Se detuvo en medio del gran puente. Irguió la cabeza a los cielos

radiantes. Le pareció sentir en el aire gritos lejanos, voces que llegaban de la distancia, como una lluvia invisible, cayendo de nubes inexistentes, más allá de la barrera de luz sideral que rodeaba al rojo sol de Escorpión.

Voces que decían algo. Cosas inteligibles. Palabras. Sonidos. Pensamientos. Todo con el lenguaje armonioso de Antares:

«¡Galio es nuestro símbolo!».

«¡Galio sobrevivió porque la rebelión contra los tiranos nunca muere!».

«¡La libertad de nuestro mundo será realidad! ¡Galio está libre! ¡La tiranía no pudo con él! ¡Es el símbolo de nuestro destino!».

«¡Si él se atrevió a morir, si él se enfrentó a la muerte y sobrevivió… también nosotros podemos hacerlo! ¡Todos por Galio!».

«¡Galio por Zohr… y Zohr por Galio y por la libertad! ¡Muerte a los tiranos!».

Sí. Eran voces que llegaban de todas partes. Como un viento sutil y luminoso, envuelto en la brisa diáfana de Antares. En todas partes, por doquier en el planeta, estallaba la rebelión. Galio vivía. Galio significaba mucho para aquel mundo. Galio era ahora el símbolo de la rebelión de los que ansiaban ser libres.

Y Galio… era él.

«Resulta extraño pensar que yo, un hombre gris y oscuro en mi mundo, soy aquí alguien ahora. No lo entiendo. La verdad, no puedo imaginarme esto en su exacta dimensión. Pero actuaré como Galio lo haría. Él merece esto. No sé quién es ni por qué lo hizo, pero merece esto. Y creo que voy a serle útil. Muy útil…».

Regresó por el puente. Cuando alcanzaba la ciudad, descubrió algo. Le esperaban. Le esperaban un vehículo y un personaje. Una mujer. Una hermosa, rubia, extraña mujer, todo encanto y sugestión.

El vehículo era circular, como un disco ambarino. Ella tenía el cabello de oro purísimo, con reflejos plateados. Sus ojos eran de un jaspeado asombroso. Le miraba, le tendía los brazos. Y hablaba:

—Galio…, Galio, mi amor. ¡Cuánto esperé este momento!

—¡Lyra! —susurró «Galio», sin saber por qué surgía ese nombre de sus labios, pero seguro de no equivocarse.

Y, como el auténtico Galio hubiera hecho, voló a los brazos de la

hermosa de Antares. Ella le recibió apasionada, anhelante. Sus bocas se unieron en un largo, cálido beso. Keller se dijo que muchas cosas eran iguales, al parecer, incluso en planetas tan lejanos entre sí.

Era un pensamiento un poco cínico, que procuró apartar de su mente. Algo, en su cerebro, había vibrado al contacto con Lyra, la hermosa dama rubia de Antares. Pero la idea se fue, se evaporó súbitamente, sin dejar la menor huella.

Mi querido Galio, mi amor… —susurró Lyra—. Es la primera ocasión que tengo de verte. Me alejé de la ciudad para no asistir al terrible momento, tú lo sabes. Luego, aislada, no quería saber. Prefería ignorar lo que sucedía. Fui cobarde, lo confieso, mi querido Galio.

—Sí, Lyra —dijo Keller, tal como pudiera haberlo dicho el auténtico Galio.

—Pero cuando supe la verdad, cuando me enteré de que realmente vivías… ¡oh, Galio de mi alma, no supe ni qué pensar, ni qué hacer! —Sus ojos luminosos, radiantes, le contemplaron llenos de admiración y de estupor. Acarició sus musculosos brazos con manos crispadas, exultantes de felicidad—. Y aquí estoy. He vuelto, Galio. A disfrutar junto a ti de la dicha de amarte, de ser amada. Porque tú, Galio, tú me amas, ¿no es cierto?

—Sí, Lyra —afirmó Keller, a través de los pensamientos que Galio le transmitiera durante el gran viaje sideral—. Te amo, bien lo sabes. He vuelto a la vida, y ahora tenemos la oportunidad de ser felices, de poder amarnos, de ser el uno para el otro para toda la vida.

—Galio, mi amor…

Volvieron a besarse. Luego, Lyra le arrastró vivamente hacia el gran disco móvil que aparecía a poca distancia.

—Ven, Galio, vamos a mi residencia en las cumbres —dijo Lyra suave, insinuante—. Allí podrás descansar unos días, disfrutar de la paz que mereces y necesitas.

—Lyra, no se puede pensar solamente en la paz. No en NUESTRA paz. Hay otros seres, muchos más, que sufren cautiverio, esclavitud, tiranía. ¡Ellos han de ser libertados!

—Galio, ¿aún piensas en eso, después de…?

—Lyra, un hombre ha de ser fiel a lo que siempre fue. Si te

traicionas a ti mismo, traicionarás a todo el mundo.

—Bien, quizá tengas tú razón, no lo sé —suspiró Lyra—. Ahora olvida eso. Al menos por algún tiempo… o volverán a arrestarte y te sentenciarán a algo de lo que no puedas salir con tanta suerte como ahora. Aunque es una fortuna inaudita, asombrosa, la que ha podido permitirte semejante prodigio, amor mío.

—No hablemos de eso, Lyra. Prefiero olvidarlo.

—Lo mismo me sucede a mí con tus ideas revolucionarias. Prefiero olvidar que las tienes. Ven, Galio. Si aspiras a ser el símbolo vivo de un nuevo movimiento libertador, será mucho mejor que descanses en mi casa unas jornadas, que reposes y seas feliz.

Entraron en el disco móvil y Lyra lo puso en marcha. El vehículo funcionaba con silenciosos y potentes motores, sin duda a semejanza de la fuerza motriz a turbina en la Tierra.

Se elevaron suavemente, a poca altura sobre los campos de singular colorido, hacia las lejanas cumbres violáceas de Antares.

—Hydro y Aura deben de sentirse decepcionados de tu triunfo —rió Lyra, conduciendo hábilmente la suave nave.

—Sí, seguro —sonrió Keller, bajo su apariencia de Galio, sabiendo perfectamente a lo que ella se refería, acaso por la telepatía establecida fugazmente entre él y el auténtico Galio, en la «encrucijada» espacial—. Todos mis enemigos sienten ahora una tremenda desilusión. Yo vivo. Y el Sistema sabe lo grave que eso va a ser para ellos.

—Si vuelves a alzarte contra el poder, serás desterrado a Gaxah, el astro muerto más cercano. A perpetuidad, Galio. Y de allí nadie te rescataría jamás.

—Seré más listo ahora —rió Raúl Keller—. Ya lo verás, pequeña.

Lyra le besó la mejilla, le acarició tiernamente. A pesar de su belleza, Keller no pudo dejar de pensar en una jovencita pelirroja, allá en la Tierra. Pat… ¿Qué sería ahora de ella?

—Hydro y Aura te destruyeron vilmente, Galio —suspiró Lyra, pensativa—. ¿No temes que tal vez ahora estén planeando nuevas traiciones contra ti? Eres demasiado noble para saber dónde está el peligro y la maldad, querido.

—No temas. Esta vez sabré protegerme. —Inclinó la cabeza. Estaba meditando. De nuevo la extraña idea le acuciaba. Había algo… «Algo» que su mente quería decirle, algo que una mente de

Antares no hubiera captado quizá. ¿Qué podía ser?

—Te hará falta, amor —sonrió Lyra, manejando los mandos. Y a través del retrovisor, descubrió en el compartimento de atrás la silueta sigilosa que, a espaldas de «Galio», se movía para atacar inesperadamente. Añadió ella, con un sarcasmo que Galio no podía descubrir—: Debes ir siempre con cien ojos, recuérdalo. Significas demasiado, estando vivo, para la seguridad del Sistema.

Había abierto el receptor de ondas radiotelevisadas del coche. Sobre los mandos, Keller descubrió una pequeña pantalla circular, en la que descubrió un tumulto impresionante, en una ciudad igual a aquélla en que se hallaban ellos ahora.

Lyra reflejó preocupación en su rostro. Por el altavoz del receptor surgieron voces, gritos, murmullos, extrañas detonaciones. Algunos caían al suelo. Quizá muertos.

—¿Qué significa eso, Lyra? —indagó.

—Ya lo ves: revueltas, motines, rebeliones. Ha empezado la lucha. Y ahora tú eres su bandera. Tú vas a ser el símbolo que provoque la guerra total en Zohr.

—Entonces no puedo ir a descansar a parte alguna, Lyra. Vuelve. Debo ir con los que luchan y mueren.

—¿Estás loco? ¿Por qué?

—Porque ellos confían en Galio. Si yo soy Galio, debo estar a su lado hasta el fin, sea éste cual sea.

—¡Es un disparate! —protestó Lyra, echando una nueva ojeada al retrovisor—. ¡No consentiré que hagas eso! ¡No, amor mío, no vayas!

Lyra puso el «piloto autónomo», para mantener en marcha, el disco móvil. Y rodeó con sus brazos a «Galio», le puso bien situado para que el mortífero puñal de Hydro le tocase en la nuca.

La punta de metal azul se acercó, mientras Keller recibía el beso apasionado de Lyra en su nueva traición, al parecer definitiva y triunfante.

CAPÍTULO VIII

LOS SUPERDOTADOS


quí no podrá hallarnos jamás, Aaron. Ni el maldito Raúl, ni nadie. —Ida se volvió triunfalmente a su marido—. Retén bien a esta estúpida. Aún no lo hemos perdido todo, ya verás.

—Si Raúl vive, todo se perdió, tú lo sabes.

—Eres un imbécil —atajó ella glacialmente—. Raúl tiene sus minutos contados. Y en cuanto a esa pelirroja… será eliminada cuando nos estorbe. ¿Cómo esperas que localice la policía a dos desconocidos que desaparecieron sin dejar rastro alguno? Ni siquiera se les ocurrirá asociarnos con Raúl. Estamos a salvo. Y todo gracias a mí.

Aaron Keller respiró hondo. Sí, Ida parecía tener razón. Todo había ido bien. Pero no se sentía demasiado seguro, y no se explicaba la razón. Después de todo, Raúl tenía que estar muerto

hacía tiempo. Y no lo estaba. También esta parte del plan podía fallar, se dijo angustiadamente, mientras tiraba contra un lecho a Pat Stark, en la habitación lóbrega y miserable de aquel edificio ruinoso, en las afueras de la ciudad y en uno de sus menos frecuentados parajes.

Ciertamente haría falta ser brujo para que alguien diera con semejante refugio. Ida tenía cerebro y sabía utilizarlo, llegado el momento. Aaron nunca hubiera planeado el asesinato de su hermano, pese a que no sentía ningún escrúpulo de conciencia por tan monstruosa decisión de no mediar la fría, implacable y astuta Ida.

Pat, con las manos atadas a la espalda, los tobillos ligados y una ancha tira de cinta adhesiva pegada a sus labios, hallábase impotente, incapaz de luchar, de huir ni siquiera de llamar la atención sobre sí.

Ida había alquilado con nombre supuesto un turbomóvil sin conductor, y lo utilizaba para su plan. Ahora el turbomóvil se hallaba oculto en el cobertizo viejo, en desuso, inmediato a la finca. Tampoco nadie sería capaz de dar con él.

Se sentaron en el borde de otro lecho herrumbroso, situado al lado de aquél en que yacía Pat. Ida, aunque pálida, mantenía la expresión serena, dura, dueña de sí. Aaron se humedecía con frecuencia los labios, estaba lívido y no podía dominar sus nervios. Tenía miedo.

Y no sabía de qué, pero había algo ominoso, siniestro, en el ambiente. Algo que le acechaba, estaba seguro de ello.

—¿Crees que todo esto puede resultar, Ida? —gimió—. Antes era sólo la muerte de Raúl. Ahora… ahora son demasiadas víctimas.

Ida, irritada, volvió la cabeza. Al otro lado de los postigos entornados de la estancia ruinosa brillaba el sol. Había empezado un nuevo día y la mujer se sentía segura, resuelta a alcanzar lo que buscaba.

—¿Cuándo callarás? —Gruñó—. A estas horas es seguro que tu hermano ha muerto. Y Ethan morirá después. Todo será nuestro. ¿No era lo que ambicionábamos? Todo juego grande tiene sus riesgos. Solamente los tontos no arriesgan. Por eso no llegan a ninguna parte, imbécil.

Aaron no replicó. Nervioso, apartó la mirada de Pat, que clavaba

en él sus ojos acusadores, dilatados. La muchacha no podía hablar, pero acusaba con la vista.

—¿Y hasta cuándo estaremos aquí, Ida? —quiso saber Aaron.

—Lo que haga falta. Es posible que pasemos un par de días. Nos turnaremos en descansar para vigilar a esa chica. También en ir al cobertizo, a escuchar la radio del turbomóvil, para saber cómo van las cosas, conocer si ha muerto Raúl, si nos buscan y todo eso.

—Está bien —bostezó Aaron—. Yo tengo sueño ahora, Ida. No hemos dormido en toda la noche y…

—Está bien, duerme tú. Y déjame en paz. Ya te llamaré cuando te toque el turno. Yo vigilo a la chica. Será mejor así.

Aaron se durmió. Como un tigre harto con el festín de un animal asesinado por sus colmillos, aquel crimen no perturbaba su nula conciencia. Concilio un sueño denso, profundo. Ida le miró con desprecio.

«Estúpido ignorante —pensó—. ¿Crees que vivirás mucho cuando hayas heredado, como el único Keller superviviente, la fortuna de la familia? Ya me cuidaré de enviudar muy oportunamente, grandísimo imbécil».

Y rió entre dientes, divertida por la siniestra idea que tan lejos estaba de imaginar Aaron, ahora pesadamente dormido.

* * *

—Vamos, ya es la hora. Despierta, Aaron. Ahora me toca a mí descansar.

Aaron bostezó y se desperezó con dificultades. No hubiera querido levantarse, pero no tenía otro remedio. Ida, exigente, se erguía ante él. La contempló, frotándose los cargados ojos. El sol estaba muy alto allá afuera.

—Vamos, ¿despiertas de una vez? —exigió ella—. Voy a echar una ojeada al cobertizo. Escucharé la radio y volveré para dormir. Cuida bien a la chica. Y no cometas errores, ¿entendido?

—Sí, sí, querida… —farfulló Aaron, espabilándose casi por completo.

Ida salió. La pelirroja cautiva quedóse sola con Aaron. Éste la miró fijamente. Comenzó a bostezar de nuevo. Y a dar cabezadas. El sueño le vencía. Pero Pat no se hizo ilusiones. Ida había cerrado la

puerta con llave, ella estaba ligada, amordazada. ¿De qué le serviría que Aaron se durmiese? Absolutamente de nada.

Pensó en Raúl Keller. Si él viviera, si él pudiese…

Desechó la idea por absurda. Rodaron lágrimas de sus ojos, cansados y tristes. No. Raúl habría muerto o estaría agonizando. Y, de cualquier modo, jamás darían, ni él ni nadie, con aquel oculto lugar.

La victoria era de Ida y de su marido, estaba bien segura. Una victoria marcada por tres asesinatos en principio: el doctor Hawtorn… Keller… y ella. Luego seguirían otros. Los seres como ellos nunca se detenían.

* * *

Ida entró en el cobertizo. Abrió la portezuela del turbomóvil, estiró la mano y abrió el botón de la radio del vehículo.

Luego…

—¿Te crees a salvo, mi querida Ida?

Ella lanzó un grito agudo, terrible. Desorbitó sus ojos, fijos en el hombre sentado en el asiento posterior del vehículo, que la contemplaba entre irónico y acusador, indolente y estremecedor.

—¡Raúl! —jadeó Ida roncamente—. ¡No es… posible!…

—Tú y tu querido Aaron… —rió «Keller» fríamente, irguiéndose sin apartar de ella sus ojos brillantes, helados, acusaciones—. Vuestra estrategia no sirvió de nada. Vayáis adonde vayáis, os seguiré. No hay escapatoria, Ida. ¡No hay escapatoria! Nada escapa a los ojos del hermano Keller, ¿no lo comprendes?

Ida estaba muy pálida, mortalmente blanca. Quiso irse, huir de allí, del cobertizo, del turbomóvil. Y no pudo.

El falso Keller la vio estremecerse, llevarse la mano al pecho, como si quisiera aferrar algo que sólo existía para ella. Y, por fin, se derrumbó.

Rodó junto al automóvil, sin un solo grito, con aquella viva expresión de terror, de incredulidad y de odio, crispando su faz, hermosa y malévola.

Galio se inclinó. Sorprendido, descubrió que el corazón de Ida no palpitaba. El terror, la impresión de verle a él allí, vivo, como un espectro vengador e inexorable, había tenido una trágica e irónica

consecuencia: ella, la asesina, la mujer que quiso parar el corazón de Raúl Keller, era ahora la que yacía allí con el corazón parado para siempre.

Galio no se inmutó. La justicia era a veces así. Dura, implacable. Y más allá de la propia acción de los hombres de cualquier planeta. Avanzó serenamente hacia la casa.

La contempló antes de entrar. Sus ojos parecían perforar los muros. Era como tener Rayos X en las pupilas. Su mente penetraba las paredes, las distancias. Así había podido seguir a los Keller y a su cautiva, como si, desde la distancia, un detector infalible le fuese dando el rastro a seguir.

Un rastro sin posible error. Era una telepatía formidable, un contactó inmaterial asombroso. El hombre de Antares, por un desajuste de facultades psíquicas y mentales, en relación con el terrestre y su mundo, era algo así como un superdotado.

Y esos superpoderes le conducían precisamente allí adonde podía salvar una vida en peligro: la de Pat Stark.

«Vio» a Aaron Keller, el asesino, adormilado junto a Pat. A ella, amordazada y ligada, sobre un lecho. Estaban tras aquel muro de la casa que tenía ante sí. La pasmosa facilidad de su mente, de sus ojos para «penetrar» las zonas sólidas, seguía ayudándole.

Entró en la casa, ascendió por la escalera polvorienta y resquebrajada, subió hacia la planta alta.

Cuando se encontró frente a la puerta descubrió que ésta se hallaba cerrada con llave. Y la llave debía de tenerla Ida abajo, en el cobertizo. Sin embargo, Galio no necesitó llaves. Una simple presión de sus dedos sobre la cerradura, una presión que forzó ligeramente… y el hierro cedió como si fuese cera, ablandado a su contacto.

Empujó la puerta. Cayó el pestillo y tuvo paso franco al interior de la estancia.

Patricia Stark, incrédula, le miró desde el lecho. No podía admitir lo que veían sus ojos. El júbilo, el asombro, la esperanza, asomaron a sus hermosos ojos. Galio le hizo un leve gesto, le sonrió, apoyando un dedo en los labios. Ella asintió.

Aaron dormía, reclinado en el otro lecho, vencido por el sueño. Galio avanzó hada él. Sereno, imperturbable, solemne.

Se detuvo frente a él. Cruzóse de brazos. Esperó un momento,

antes de hablar escueta, duramente:

—Despierta, Aaron, hermano. He venido a por Pat… y a por ti.

CAPÍTULO IX

DOBLE FUGA



a punta de la daga electrónica de Hydro casi tocaba ya fatalmente el cuello de Raúl Keller en la nuca, cuando éste tuvo el presentimiento. O acaso era algo más que eso.

De repente, una especie de onda mental le había golpeado el cerebro con fuerza. Una idea fija, concreta, rotunda, imperiosa:

«¡Lyra es la traidora! ¡Lyra va a venderte como ya lo hizo otra vez! ¡Es ella la que está de acuerdo con Hydro para destruirte!».

El auténtico Galio jamás hubiera podido captar aquello. Su amor por Lyra, su mente y físico, de acuerdo con el de todos sus congéneres, le impedía tener dotes especiales. En cambio, Raúl Keller, para los hombres de Antares, también era un superdotado.

Y no era una corazonada lo que sentía dentro de sí, sino la natural consecuencia de un pensamiento, vivamente captado

momentos antes:

«Vamos, Hydro, atácale. El tonto sigue confiando en mí. Mata ahora. Yo le tendré en mis brazos para entregártelo bien indefenso, querido».

Eso pensó Lyra. Y eso captó la mente superior de Raúl Keller en Antares.

Raudo, actuó cuando, al parecer, estaba indefenso entre los brazos de la traidora. Sus ojos no perdían de vista, a través del retrovisor, la mano armada. Prácticamente no lo necesitaba porque un sexto sentido, que Raúl Keller jamás tuvo en su mundo, le guiaba ahora. «Veía» a sus espaldas sin necesidad de emplear sus ojos.

Giró el cuerpo de Lyra entre sus brazos, con un brusco movimiento rotatorio y la interpuso a ella en la mortal trayectoria. La chispa de alto voltaje alcanzó a Lyra. El puñal electrónico rozó el hermoso cuello de la rubia dama bajo su melena.

Ella gritó. Pero su grito se fundió con un horrible chasquido, con un olor intenso a carne quemada.

Lyra dejó de ser hermosa. La carga de alta tensión la sacudió violentamente, oscureció su hermosa piel, arrugó su cuerpo fresco y arrogante, convertido ahora en una carbonizada figura informe.

Raúl Keller la soltó, mientras Hydro, con un rugido terrible, retrocedía ante la muerte de la mujer amada. Aquella potente descarga que por un procedimiento aislante de Antares sólo recorría el cuerpo tocado, sin transmisión eléctrica a otro cuerpo, en vez de aniquilar a «Galio» había terminado con Lyra, en un dramático impacto de horror y destrucción.

—¡No, no! —aulló Hydro, convulso, fijos sus desorbitados ojos en la muchacha—. ¡No es posible, Lyra!

Pero había sido posible, e inevitable. El mal hallaba el cauce para su propio desastre.

—¡Traidor, malvado! —rugió Raúl Keller, revolviéndose con violencia hacia el rubio y apuesto asesino—. ¡Galio no puede morir ahora! ¡Sois vosotros, todos los que me hicisteis daño, todos los traidores, quienes moriréis!

Hydro, en su furia, intentó seguir adelante, vengar a Lyra. Lanzó otro golpe contra Galio con su arma electrónica. Keller la vio venir hacia él. Parecía imposible evitarlo.

Sin embargo, la evitó. El arma centelleó casi rozándole, cuando

él, con una inverosímil pirueta, eludió el impacto de muerte y saltó luego, como un tigre, sobre Hydro.

Éste soltó el arma, que rodó por el suelo del vehículo, despidiendo chispas centelleantes, cárdenas. Ambos hombres, enroscados en un férreo abrazo, saltaron contra la portezuela. Ésta cedió y ambos cayeron al exterior.

Estaban en una aerorruta de Antares, una serpentina metálica, por la que el magnetizado vehículo circulara, hasta ser frenado por Lyra. Se hallaban a mucha altura sobre unos riscos cárdenos, un hondo abismo de extraña coloración en el que, dado el gran poder de gravedad del astro gigante, se estrellaría irremediablemente el que cayera.

—¡Siempre fui más fuerte que tú, Galio! —rugió.

Hydro, convulso, estrujándole con sus brazos de titán.

—¡Te mataré! ¡Esta vez terminaré contigo, aunque sea lo último que haga, perro maldito! ¡El Sistema lo exige! ¡Y también la venganza por la muerte de Lyra!

El supuesto Galio luchaba ferozmente, pugnaba por dominar la fuerza desatada del enemigo, que era realmente un atleta formidable, guiado además por una ciega furia criminal en aquella pugna trágica, a gran altura sobre el abismo, en un sendero aéreo, serpenteante y sin parapetos.

Quizás Hydro superaba a Galio en fortaleza. Pero Raúl Keller, trasplantado a Antares por aquel prodigioso juego de Galio, era un elemento discordante en la familia humana de aquel astro de Escorpión. Y, como tal, no estaba de acuerdo con las normas habituales de su «doble».

Así, al forzar sus energías, descubrió, asombrado, que un incalculable caudal de potencia en reserva, fresca y poderosa, avasallaba al contrario, al surgir de sus brazos fuertes, demoledores.

Hydro chilló, confuso e incrédulo, al verse dominado, reducido, doblado hacia atrás, hacia el borde del abismo. En su paroxismo procuró rodar, arrastrando consigo a Galio.

—¡Moriremos los dos! ¡No vencerás, Galio! —aulló.

Y alcanzó el borde del precipicio. Keller le alcanzó con dos mazazos formidables al rostro y otro al hígado. Hydro se dobló, empezó a caer. Tiró hacia sí de «Galio», sujeto aún entre sus brazos titánicos.

Pero, como una pétrea estatua, Raúl Keller soportó a pie firme la presión, el tirón virulento de su enemigo. No cedió una sola pulgada. Las manos de Hydro resbalaron sobre sus músculos y sus rasgadas ropas, como si todo el cuerpo de «Galio» hubiera estado recubierto de jabón.

Hydro chilló, chilló… Su grito se perdió en el fondo del abismo, mientras el cuerpo, dando tumbos, se hacía más y más pequeño, allá en la distancia, entre riscos cárdenos y violáceos, en una zambullida de muerte.

—Dios mío… —Keller se irguió, apretando sus puños. Miró al cielo cuajado de estrellas, de miríadas de chispas de luz—. ¿Qué extraño designio ha permitido estas cosas? ¿Hubiera salido con vida de todo esto el auténtico Galio?

Miró en torno. De alguna parte le llegaba algo. Un eco lejano, perdido. Como una llamada a distancia:

—Galio, ven a por mí. Galio, te necesito.

Como en un viejo cuento de hadas, el encantamiento maléfico parecía roto. Y una bella durmiente surgía de entre brumas y pensamientos confusos. Keller vio una figura en su mente. La figura de una hermosa, dulce muchacha, injustamente acusada hasta entonces por Galio. Una muchacha que pasara por traidora, siendo en realidad víctima de los auténticos traidores.

—Aura… —susurró Keller. Se movió hacia el disco móvil parado en la serpentina aérea—. Aura me llama. Ella está en alguna parte. Debo localizarla, debo reparar otra gran injusticia, que acaso Galio jamás hubiera descubierto en su propio mundo, donde solamente es uno como los demás, por inteligente y audaz que sea. ¿Qué estará haciendo él en mi mundo en estos momentos?

Keller puso en marcha el disco móvil. Partió sin rumbo fijo, guiado sólo por un instinto, por una onda mental, telepática, emitida por alguien a distancia. En busca de Aura, la muchacha realmente enamorada de Galio.

Y la pregunta quedaba en pie, dentro de Keller: ¿qué estaba haciendo Galio entretanto en la lejana superficie terrestre?

* * *

—Despierta, Aaron, hermano. He venido a por Pat… y a por ti.

Eso había dicho Raúl Keller, el Raúl Keller que Pat Stark podía ver. El que un Aaron Keller, lívido, desencajado e incrédulo, descubrió ante sí como una auténtica sombra de Némesis.

La reacción de Aaron cogió de sorpresa a Galio. Fue brusca, inesperada, dramática.

Un grito ronco, convulso, brotó de la garganta de Aaron. Éste, ante su hermano, se irguió, horrorizado.

—¡No! —aulló—. ¡No, Raúl! ¡Nooo!…

No dijo más, ni supo hacer otra cosa que correr, correr hacia un muro. Galio le siguió con la mirada, descubrió sus intenciones y trató de evitarlas.

—¡Aaron, no! —le llamó—. ¡No hagas eso!

Pero hablaba a un ser enloquecido. Aunque se lanzó en pos de él, en una zambullida impresionante, Aaron llegó antes, espoleado por su propio pánico. Alcanzó el ventanal herrumbroso, polvoriento y semicerrado de la casa en ruinas. Cayó contra él.

En su pugna desesperada por huir, por eludir el castigo, el Caín terrestre rompió con su cuerpo las maderas podridas, los hierros oxidados, el cristal agrietado.

Todo se abrió, se desmoronó y acompañó, hecho trizas, el cuerpo de Aaron Keller en su caída. Abajo, todo chocó estrepitosamente, cortando en seco el último grito de Aaron, el asesino.

—Y Caín pagó su pecado terrible —susurró roncamente Galio, pasándose una mano trémula por el rostro—. Dios le haya perdonado.

Se acercó lentamente a Patricia Stark. La soltó y arrancó la cinta adhesiva de su boca.

—¡Raúl, Raúl querido!… —Ella le rodeó con sus brazos, le besó cálida, emocionadamente, derramando abundante llanto—. Tú de nuevo, cuando creí que todo estaba ya perdido para los dos…

—La fe, Pat, nunca debe perderse. Estemos donde estemos —susurró Galio, incómodo por aquellos besos que iban destinados a otro hombre.

—Mi amor, la pesadilla ha terminado —musitó Pat—. Ahora olvidémoslo todo. Pensemos en nosotros… Raúl, mi vida, te ruego que seas mi esposo. Casémonos. Hoy mismo. E iniciemos una nueva vida juntos… dure lo que dure.

—Creo que el peligro pasó —sonrió Galio pensativo—. Quizá viva bastante tiempo junto a ti. Como cualquier ser humano.

—¡Oh, no! Sería… sería demasiada dicha, Raúl de mi alma.

—Sin embargo, Pat… —Galio vacilaba—. Sin embargo, deberíamos esperar aún. Y un día, yo…

—No, Raúl. Ahora. O presiento que jamás llegaría ese momento. Hoy debemos iniciar nuestra vida. Tengo miedo, querido. Miedo de perderte de nuevo. Será mejor así.

Galio afirmó. Lentamente, con una extraña sonrisa que sólo él hubiera podido explicar.

—Sí —musitó—. Quizá sea mejor así, después de todo… Un momento, Pat. Déjame reflexionar un momento a solas. Y luego te contestaré.

—Está bien, Raúl —le miró dulcemente—. Espero esa respuesta.

Galio avanzó hacia la puerta. Salió de la estancia y se detuvo en el corredor. Pensativo, profundamente preocupado, irguióse, mirando al techo de la casa. En realidad, miraba mucho más allá.

—Ha sido breve —susurró—. Una breve estancia en la Tierra, que quizá sólo haya servido para mejorar la vida de Paúl Keller, el amigo a quien jamás veré personalmente. Pero no se puede vivir en el lugar de otro. Cada uno tiene su lugar en la creación, y a él debe volver antes de que todo sea peor. Cometí un error. Mi destino es morir allá en Antares. Y a Antares vuelvo a enfrentarme con ese destino. Dios mío, perdón por mi soberbia y mi audacia, al querer cambiar mi existencia. He aprendido una gran lección. Esa chica ama a Raúl Keller. Es él quien debe estar ahora aquí, no yo. Vuelvo, pues, a mi mundo. Y que Keller regrese, si todo se cumple como ha de ser.

Había extraído el disco. El fantástico disco, que haría su segundo y último uso. El viaje de retorno por el espacio, el tiempo y la luz.

—Adiós, Pat —murmuró roncamente—. Eres una buena chica. Y muy bonita. Adiós, Tierra. En el fondo creo que los problemas del ser que vive en el universo son muy semejantes.

Luego hizo girar el centro luminoso del disco y…

CAPÍTULO X

RETORNO


res tú, Galio!

—¡Galio!… ¡Oh, Señor, gracias!…

Así había hablado Aura, el pobre y bello fantasma amnésico, que paseaba su olvido y su helada expresión por el Sanitarium de Antares, donde la percepción extrasensorial de Keller la descubriera.

Y así volvió Aura a la vida, a la consciencia, al recuerdo. Lloró mucho, entre los brazos de Raúl Keller, el supuesto Galio.

—Tú eres inocente, lo sé —musitó Keller—. Nunca debimos dudar de ti. Pero la maldad, el engaño, la falsía, han sido descubiertos. Ahora sé que eres tú quien todo lo merecía, la elegida por el corazón de Galio. Y Galio vuelve a ti… para siempre.

—Oh, Galio, mi vida… —Aura no podía comprender tanta felicidad—. Pero tu destino…

—Mi destino eres tú. Y la lucha por un mundo mejor. Esa lucha ya ha empezado. Ahora yo soy una bandera, un líder. Venceremos esta vez. El mundo entero de Zohr está conmigo, Aura. ¡Venceremos!

Ella le besó. Entró en contacto con los labios de Keller. Y éste se sintió terriblemente culpable. No era responsable de aquel cambio, espacial, pero Aura… debería besar a otro hombre. Y otro hombre, el Galio que todos soñaban, era quien debía de estar allí para capitanear la rebelión; no él.

Se apartó bruscamente de Aura. Fue a un ventanal, mientras ella ocultaba el rostro entre sus manos, sollozando de dicha.

Aura no pudo ver lo que sucedió, el raro reflejo que, por un momento, proyectó la figura de Galio, el desdoble en «alguien» diferente, llegado de la nada.

Fue como un brusco reflejo de luz en el espejo. Extinguido ya, todo seguía igual.

—Mi pequeña Aura, ¿perdonarás alguna vez a este hombre indigno de tu amor? —musitó Galio—. ¿Serás capaz de convertirte en mi esposa?

—¡Galio, eso es lo único que deseo en el mundo!

Y cuando Aura se oprimió contra el cuerpo atlético de Galio, no pudo saber que aquél era ya «otro». Galio. El auténtico.

Mientras tanto, Raúl Keller, el triunfador de Antares, llegaba a su lugar en la Tierra.

Una vez más, inesperada, fugazmente, el fantástico cambio sideral se había cumplido. Los dos hombres volvían a sus lugares de origen.

Y Galio mantuvo un recuerdo para su «otro yo» terrestre:

—Suerte, amigo. Aunque nunca lleguemos a vernos el uno al otro, ambos sabremos… y recordaremos. Mucha suerte, Raúl Keller, y hasta siempre.

Luego besó a Aura. Era algo que ella merecía. Algo que le causó una nueva emoción que Lyra jamás le había dado. Ahora todo era distinto. Gracias a Keller…

* * *

—… Y todo será diferente ahora, Raúl —suspiró Ethan Keller—.

Creo que cometí muchos errores, hermano. Errores que causaron el desastre. Provoqué la sucia ambición de Aaron… Viviremos épocas muy distintas. La granja se dividirá entre los dos. Ahora eres rico, Raúl.

—Eso no me importa, hermano —dijo Keller lentamente, rodeando con sus brazos a Pat—. Lo que importa es tener a Pat a mi lado… y saber que viviré.

—Sí, amigo mío. Es un fenómeno inaudito —confesó el doctor —. Pero su salud es ahora envidiable.

Y han desaparecido por completo los rastros del veneno. Algo asombroso. En cuanto a su hermano Ethan, deberá someterse a una larga curación. Aún no estaba fatalmente intoxicado y sobrevivirá.

—Todo es hoy magnífico —dijo lentamente Raúl Keller.

Y contempló desde la galería del centro sanitario en que se hallaba con Ethan y con Pat el cielo radiante, azul, luminoso.

No tan luminoso como el de Antares, más allá de la puerta de las estrellas. Quizá su mundo no fuera tan hermoso como el de Galio… pero era entrañable para él. Y con Pat formando parte del mismo…

Evocó el nuevo «cruce», el «contacto» fugaz con Galio, a quien emitiera sus pensamientos. Y de quien recibió otros pensamientos que le refirieron lo sucedido en la Tierra, igual que él refirió lo ocurrido en Antares. Ahora, ambos estaban de nuevo en sus hogares, sorprendidos del cambio acontecido, sorprendidos del doble milagro producido.

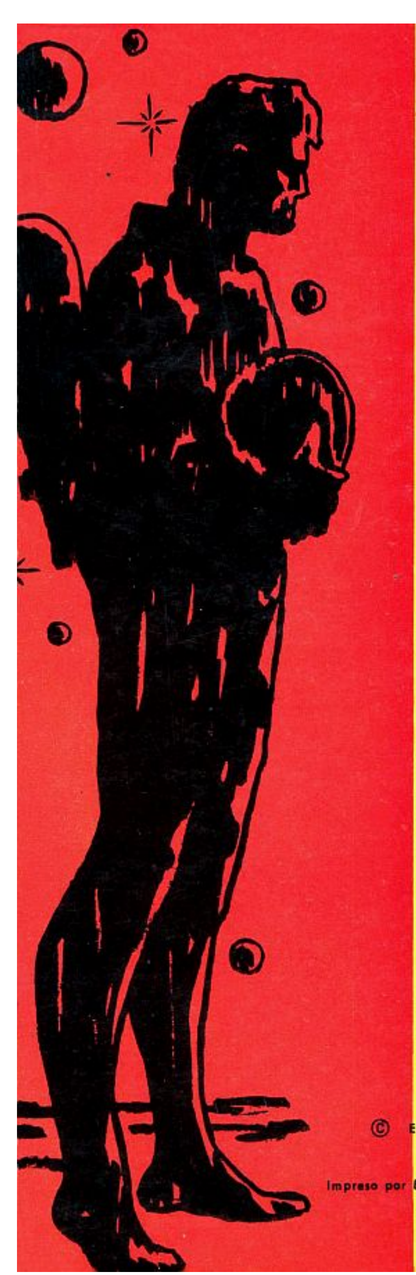
Y, como Galio allá en Antares, a ciento setenta años luz de distancia, Raúl Keller susurró a flor de labio, sin que nadie más pudiera entenderlo:

—Amigo Galio, tú y yo jamás nos conoceremos. Pero jamás nadie sabrá tanto de otro ser como cada uno de nosotros sabe del otro. Nunca nos vimos ni nos veremos. Y, sin embargo, qué gran amistad la nuestra, ¿verdad, Galio? ¡Qué gran amistad la de los hombres cuando desean ser amigos y les mueve la lealtad y la fe mutua en el destino del hombre!

No esperaba respuesta. Galio no podía contestar.

Estaba más allá de lo conocido. Más allá de la mágica puerta de las estrellas que una vez cruzaron ambos en un canje cósmico sin posible precedente. Y que jamás, jamás, llegaría a repetirse.


FIN



LA MISTERIOSA LLAMADA DE LOS ESPACIOS INFINITOS

EL INCREÍBLE PROGRESO DE LOS SIGLOS FUTUROS

EL ALUCINANTE ARCANO DE LA VIDA EN OTROS MUNDOS

La ficción científica le proyectará más allá de las fronteras de nuestro mundo, hasta las últimas galaxias y los mundos más diversos en

ESPACIO EXTRA

con los autores españoles de este género que pueden compararse dignamente a los maestros de la "science fiction" de todo el mundo.

Publicación mensual

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 7 ptas.



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.